



Instituto Superior de Letras

Eduardo Mallea (A-1369)

CARRERA:

Tecnicatura Superior en la Corrección de Textos

PONER EN ESCENA:

**RASTROS DE FEMINISMO EN CUENTOS DE
MUJERES ARGENTINAS**

Autora: Eliana Mariel Colombo

Tutora: Adriana Santa Cruz

Fecha de entrega: 2 de julio de 2019

ÍNDICE

LITERATURA PARA NO MORIR	3
MUTUA INFLUENCIA	5
1- EL DESTINO (SAMANTHA SCHWEBLIN)	7
NO HAY MODO DE EVADIRSE.....	7
LA NECESIDAD DE LA FELICIDAD.....	10
DESEADA O NADA	15
2- LA TRANSGRESIÓN (SILVINA OCAMPO)	19
EL MUNDO CON NUEVOS OJOS	19
SALIR DE LA JAULA.....	23
EL ALTAR DE NUESTROS CUERPOS IMPOLUTO.....	28
3 - LA LIBERTAD (MARIANA ENRÍQUEZ)	34
LA EXCUSA DEL RELATO.....	34
<i>CONTINUUM</i> DE TERROR.....	36
FLOR DE FUEGO.....	42
POR UNA Y POR LAS DEMÁS	50
BIBLIOGRAFÍA	53
CORPUS ANALIZADO	53
LIBROS	53
RECURSOS ELECTRÓNICOS	54

LITERATURA PARA NO MORIR

El germen de este ensayo surgió a partir de diferentes cuestiones: lecturas sobre el alcance del arte y su relación con la sociedad, estudios previos sobre la problemática de género y el descubrimiento relativamente reciente de una serie de escritoras argentinas que me provocaron un entusiasmo adolescente por sus textos y lo que ellos esconden, o muestran osadamente. Sin embargo, en el proceso se fue transformando en una forma de exorcizar fantasmas de la desigualdad de género que me acechaban, que nos acechan constantemente. Tantas veces ha quedado la espina de haber sido subestimadas, minimizadas, no tenidas en cuenta, postergadas. O humilladas, oprimidas, violentadas. Esa bruma de duda donde quedan suspendidas las actitudes malintencionadas, ocultas detrás de una supuesta ingenuidad. Cuando los espectros se corporizan y delimitan, el miedo se va yendo y comenzamos a tomar control. En el transcurso de esta escritura fueron liberados y puestos en palabras. Al nombrarlos, definirlos en un concepto y darles entidad podemos reflexionar, pensar, revolverlos y ponerlos de cabeza hasta que se alejen de las sombras.

Transité ese camino de la mano de la literatura como guía, pensando en el alcance que tiene una novela, un cuento, un poema, un relato, simplemente, una historia para mostrarnos un pedacito de vida o el mundo entero. En cualquier caso, nos obligan a ver, no podemos mirar para un costado; si lo hacemos, es una decisión consciente, porque está ahí, frente a nuestras narices. Toda narración abre la posibilidad de crear un nuevo estado de cosas. En cualquier género en que se inscriba –realista, policial, fantástico, de terror–, al construir los personajes, los conflictos y los ámbitos donde se desarrollan, existe una oportunidad de poner en evidencia un sinfín de situaciones. La ficción le permite al lector acercarse a mundos distintos y, en esa representación, pueden mostrarse injusticias, prejuicios, abusos de poder, ya sea porque cuenta sus opuestos, como modo irónico de criticar la norma, o porque los deja ver tal como son, crudos e insoportables.

La intención es acercarnos a la literatura como un espacio de toma de posición frente a los acontecimientos de la realidad que, en consecuencia, da la posibilidad de visibilizarlos. Para ello, nos apoyaremos en una variedad de bibliografía que nos permitirá ahondar en dos aspectos principales: en primer lugar, el vínculo entre literatura y sociedad, con la figura del escritor como actor social y su compromiso frente a la realidad; en segundo lugar, las transformaciones en la concepción del rol de la mujer en la sociedad a lo largo de la historia

y los avances del feminismo como movimiento filosófico, social y político que pone en evidencia las desigualdades cuestionando las estructuras patriarcales.

Esta idea no busca plantear que absolutamente toda la producción literaria tenga un componente revolucionario que subvierta las relaciones de poder y denuncie heroicamente todas las injusticias. De hecho, buena parte de ella posee la misma capacidad para reproducir ciertas estructuras de poder y apunta directamente a mantenerlas. Sin embargo, la posibilidad existe. Va a depender tanto de las intenciones del autor como de las del lector. Tampoco se pretende sugerir que el arte sea utilizado como herramienta para comprender el mundo que nos rodea, sino más bien como un canal a través del cual se pueden conducir formas de ver la vida. La ficción puede lograr combatir la falta de empatía, la necesidad y el conservadurismo que, muchas veces, pueden atentar contra la comprensión de ciertas cuestiones. Sobre todo cuando se trata de la pugna por la obtención de mayores derechos para sectores que no se corresponden con el sujeto hegemónico de la historia: postergados, minimizados, empobrecidos, excluidos, en desigualdad de condiciones.

Las circunstancias actuales del movimiento feminista en el mundo, en general, y en Argentina, en particular, con una especial interacción con toda América Latina, reflejan esta situación. Somos un colectivo que comienza a hacerse preguntas elementales con respecto a la soberanía de nuestros cuerpos, a la planificación de nuestras vidas, a lo que estamos dispuestas a ceder y a lo que pretendemos tomar del mundo para nosotras. Estas preguntas son herederas de otras anteriores, iguales o distintas, que ya se hicieron otras mujeres a lo largo de la historia; sin su lucha, hubieran resultado imposibles. Hoy en día, ya entrado el siglo XXI, seguimos discutiendo para penetrar los espacios más recónditos y anquilosados de la sociedad, donde el pensamiento machista y misógino sigue anclado. Sin embargo, estas transformaciones vienen siempre acompañadas del resurgimiento de sectores reaccionarios que intentan detenerlas para mantener el *statu quo* y custodiar los privilegios. El odio, la agresividad y la indiferencia, basados en el miedo a lo desconocido, y la carencia de argumentos válidos son las constantes.

A lo largo de este desarrollo, nos internaremos en los universos de una serie de cuentos que nos abrirán la puerta a distintos aspectos de la problemática de género. De esta manera, intentaremos ver que, si bien el discurso artístico puede llevarnos vívidamente a mundos increíbles e imaginarios, también nos puede pintar tanto una época histórica como una escena íntima y hacernos pensar sobre la sociedad y sobre nosotros mismos. Así, tenemos la

oportunidad de mirarnos desde afuera y reflexionar acerca de nuestras posiciones y las de los demás, de la tolerancia y la aceptación de lo diferente, de qué rol tomamos cuando están en juego, de la oportunidad de cambiar y transformarnos de manera significativa. La literatura es un sitio donde estas ideas gozan de espacio para expresarse. Es un lugar para establecer posturas, pero también para mostrar formas de vivir, injusticias, desigualdades, o para ensayar mundos diferentes, pequeñas revanchas contra quienes pretenden mantener todo como está. Frente al desamparo y a la impotencia, un cuento puede sanarnos y, de paso, salvarnos de tanta desolación.

MUTUA INFLUENCIA

Cualquier producción artística puede dar lugar a una reflexión acerca de la relación de esta actividad con la realidad social. Hay una multiplicidad de campos en los que puede verse y, a su vez, una gran variedad de investigaciones que se aventuran a profundizarla desde diversos aspectos. Desde la poética de Aristóteles hasta la perspectiva sociológica de la crítica marxista, desde el formalismo ruso hasta el estructuralismo, a lo largo de la historia se ha intentado analizar los vínculos que existen entre la literatura y la sociedad.

David Viñas Piquer (2002) señala que la literatura, por un lado, es una institución social y, por lo tanto, se rige por normas que la sociedad define; por otro lado, utiliza, justamente, el lenguaje como medio. Además, en ella participan, indefectiblemente, diversos actores sociales. Sin embargo, estos aspectos son los más evidentes. Resulta más interesante pensarla en el sentido de que representa la vida en sociedad, las acciones humanas, más particularmente, “de analizar qué relación mantiene una literatura determinada con una situación social determinada” (408). Plantea, entre otras, dos formas de pensar los estudios literarios: la crítica sociológica piensa la literatura desde los elementos sociales que contiene, tanto referentes al autor como a la época histórica y el lugar—la sociedad es el punto de partida y marca los temas—; la sociología de la literatura “estudia los efectos de la obra sobre la sociedad. Se toma la sociedad como punto de llegada” (408).

Según Miguel Ángel Huamán, autores como Theodor Adorno, Walter Benjamin, Max Horkheimer y Herbert Marcuse apuestan a una inversión en los términos del análisis que se

había hecho hasta el momento para pensar que “no se trata de partir de la sociedad para ver cómo se refleja en la literatura, sino de ver cómo la literatura incide en la colectividad humana”.¹ En este mismo sentido, Llanos del Rey observa que no es que una se impone a la otra, sino que existe una mutua influencia: “De un lado, la literatura se carga de proyección social, es capaz de fomentar el establecimiento de nuevas formas sociales; de otro lado, es la sociedad la que puede, a su vez, intervenir en el proceso creador de la obra literaria”.²

Es interesante, entonces, quedarse con ambas formas de ver este vínculo. En los cuentos que analizaremos a continuación, intentaremos ver cómo un elemento de la realidad social se refleja en la literatura para volver en forma de denuncia y dejar una huella que nos acerque a la comprensión de ciertas cuestiones. Como una foto que nos muestra de manera inevitable un hecho, un estado de cosas, quitando el velo de las hipocresías. En estos tiempos de posverdad, en que las discusiones están sobrepasadas de argumentos falaces y “gana” el más agresivo o el que más astutamente desvía el discurso para herir a su “oponente”, un cuento puede escupirnos una verdad a la cara. O al menos, abrir una puerta que nos deje pensando. El resto ya corre por cuenta del lector.

En este sentido, Michell Petit (2015) hace hincapié en la importancia de la lectura para acercarnos a otras realidades, a otros sujetos que difieren de nosotros. Leer un libro, al vincularnos con el argumento, nos permite sumergirnos en el cuerpo y en los sentimientos de los personajes: “Solo la literatura te dará tanto acceso a lo que han sentido, imaginado, temido, aunque vivieran hace siglos, aunque habitaran otras latitudes” (26). Agrega que la lectura de obras literarias “es un medio casi sin igual de conocer al Otro desde el interior, para meterse en su piel, en sus pensamientos” (58). Esta perspectiva es de especial importancia para nuestro análisis, ya que nos paramos desde la idea de que la literatura nos permite aproximarnos a individuos o colectivos diferentes de nosotros de manera más directa y desprejuiciada.

Enrique Anderson Imbert, por su parte, plantea que la actividad simbolizadora del hombre, en la que construye su mundo y el mundo de la cultura (mitos, religiones, arte, filosofía) a partir del lenguaje, se divide en dos tendencias: una discursiva, que propone un sistema de explicaciones racionales, y una metafórica, en la que se expresan experiencias personales

¹ HUAMÁN, M. A. “Literatura y Sociedad: El revés de la trama” [en línea], en *Revista de Sociología*, Vol. II, N. ° 12, 1999 [consultado el 29 de mayo de 2018] Disponible en: <https://bit.ly/2KfoKDD>

² LLANOS DE LOS REYES, MANUEL “Literatura, sociedad y crítica” [en línea], en *Monteagudo*, N. ° 60, 1978, p. 35-37 [consultado el 29 de mayo de 2018] Disponible en: <https://bit.ly/2yImcJQ>

mediante imágenes concretas. En la primera, la lógica no permite aflorar la riqueza y la plenitud de la experiencia original. En la segunda, en cambio, “el poder artístico libera la vida en forma de ficción”.³ A partir de esta noción, queda claro que no podemos ignorar la implicancia de la vida en sociedad en la producción literaria, como tampoco podemos evitar ver la huella que deja ese discurso artístico en el entramado de relaciones sociales.

1- EL DESTINO (SAMANTHA SCHWEBLIN)

NO HAY MODO DE EVADIRSE

Claudia Piñeiro plantea que el lugar del escritor es el del conflicto con la autoridad, “entendiendo por autoridad –en nuestro caso– el Estado, la industria editorial y los intolerantes que pretenden imponer cómo debemos vivir”; esto es porque cuenta con herramientas literarias que le permiten trazar con palabras lo que vive y lo que ve, y ponerse en el lugar del otro. En este sentido, la escritora reflexiona acerca de las habilidades especiales de un escritor por su oficio y la responsabilidad que conllevan. Expone tres en particular: la consciencia lingüística, el punto de vista y la composición de los personajes, que permite pensar desde otras identidades; en este punto agrega: “caminar con los zapatos de otro ayuda a comprender que ese otro vivirá como lo indique su historia personal y su esencia. Y esa comprensión nos puede enseñar a no juzgar, a abrazar aun después de un acto que no compartimos”.⁴ Jean Paul Sartre (1950) también reflexiona acerca de la postura del escritor frente a los tiempos en que vive y plantea, en el libro *Qué es la literatura*, que “el escritor tiene una situación⁵ en su época; cada palabra suya repercute. Y cada silencio también” (10). Explica que “el escritor no tiene modo alguno de evadirse” (10) y debe abrazarse estrechamente con su época. Aunque se mantuviera mudo, la pasividad sería una acción precisa. De modo que debe elegir que esa acción sea voluntaria.

³ ANDERSON IMBERT, E. (1979) *Teoría y técnica del cuento* [en línea], [consultado el 8 de agosto de 2018] Disponible en: <https://bit.ly/2KprqyC>

⁴ PIÑEIRO, C. “La disidencia como estado de alerta” [en línea], en *Anfibia*, 26 de abril de 2018 [consultado el 28 de abril de 2018]. Disponible en: <http://www.revistaanfibia.com/ensayo/la-disidencia-estado-alerta/> (Discurso de inauguración de la Feria del Libro de la Ciudad de Buenos Aires, mayo de 2018).

⁵ El resalte tipográfico pertenece al original.

Más específicamente, el hecho de ser una autora mujer tiene una injerencia particular en dos sentidos: por un lado, la posibilidad de visibilizar, a través de la ficción, problemáticas de la cuestión de género; por otro lado, las consecuencias que esas cuestiones de desigualdad ejercen en la producción artística en sí. En este terreno se mete Virginia Woolf (1929) cuando da su conferencia acerca de las mujeres y la ficción, que luego publica en su ensayo *Un cuarto propio*. Allí cuenta, con gran belleza, que “la ficción es como una telaraña y siempre está atada, quizás muy ligeramente pero no obstante atada, a la vida por sus cuatro esquinas” (55); es decir, las obras literarias son producto de “seres sufrientes y están atadas a cosas vulgarmente materiales, como la salud y el dinero y las casas donde vivimos” (56). Por eso plantea la implicancia, en la producción de las escritoras, de la independencia económica y del acceso a una habitación propia, como símbolo del espacio personal necesario para poder crear. Ambos aspectos de la vida marcan la posibilidad de no depender de otra persona para la subsistencia (por lo tanto, no rendir cuentas a nadie) y de contar con un espacio donde desarrollar el oficio sin ser interrumpidas por los vaivenes cotidianos de una casa y la obligación de realizar tareas asignadas culturalmente a las mujeres.

Marina Mariasch (2017) explica que las mujeres escritoras han tenido que pelear por años “para acceder a un espacio históricamente reservado a los varones: el de la palabra escrita como palabra pública” (77). Al parecer, los hombres “están habilitados para opinar sobre política, sobre temas de actualidad, sobre el mundo”, mientras las mujeres solo pueden hablar de “temas que les incumben, como el amor” (81). Se pregunta: “¿Cuándo podremos hablar de política sin que nuestra mirada esté invadida por la lucha contra el patriarcado?” (86). Por un lado, tenemos la posibilidad (y la responsabilidad) de debatir y profundizar sobre los temas que nos incumben para poner en cuestión las desigualdades; por otro lado, con esta especificidad, corremos el riesgo de quedar fuera de discusiones más amplias, que abarquen otras cuestiones políticas más generales. Sin embargo, ¿es posible en la actualidad pensar la política, en cualquiera de sus ámbitos, sin que esté atravesada por estas cuestiones?

Mariana Enríquez (2017), en el prólogo al libro *¿El futuro es feminista?*, esboza una respuesta y plantea que “este es un terreno en disputa y de disputas: lo que hace el feminismo es pensar la política y el poder desde un lugar-otro. No tiene que ser fácil y no debe ser fácil” (18). Lo que nos toca es, desde el lugar donde estemos, repensar los espacios donde nos movemos para cuestionarlos con una crítica constructiva, que nos permita imaginar una sociedad mejor para todos. Joan Scott (1993) advierte que el género, como categoría analítica, puede aplicarse no

solo a temas relacionados a la mujer, a los niños, a asuntos familiares o a las relaciones entre los sexos, sino también a cuestiones políticas e históricas. Muchas veces, estos espacios son dejados de lado por considerar que en ellos esta perspectiva es irrelevante, lo cual es falso. En apartados siguientes ahondaremos teóricamente en este tema, pero podemos ir estableciendo que las nociones de *mujer* y *hombre* están construidas, ancladas en mitos, ideales, prácticas y discursos que se reproducen en las relaciones sociales. Estas estructuras indican un lugar “adecuado” para todos los individuos que entran en una u otra de estos conceptos fijos. Si hablamos de las esferas de lo público y lo privado, es claro que el lugar de lo público está reservado para los hombres, mientras que las mujeres están destinadas a ser las guardianas de lo que compete al mundo privado. Según Ana María Fernández (1993), para acceder a la vida pública, justamente, hay que estar libre de lo que respecta al trabajo familiar, es decir “se necesita tener una vida privada asegurada por otro” (151).

A simple vista, es posible asociar esta división de espacios a épocas anteriores. Es cierto que a lo largo del siglo XX esto se revirtió considerablemente. La búsqueda de igualdad de derechos abrió muchas puertas dando lugar a las mujeres para que paulatinamente se vayan desarrollando dentro de diferentes ámbitos que habían estado reservados para hombres. Sin embargo, no es menos cierto que esos lugares son competitivos, que hay “vacantes” para unas pocas mujeres y que esto genera que se sientan amenazadas por la presencia de otra. En lo que respecta a las labores domésticas y de cuidado (más bien, trabajos no remunerados) no hay competencia: en la mayoría de las familias son las mujeres quienes se encargan de gestionar y ejecutar estas tareas. El concepto de “ama de casa” es válido y aceptable, mientras que no hay para los hombres siquiera un vocablo que lo nombre. Estadísticamente, la mayoría de los puestos de toma de decisión están ocupados por hombres y la mayoría de los trabajos precarizados son realizados por mujeres. Además, a pesar de que tenga un trabajo, un oficio o una carrera, el peso otorgado socialmente a una mujer con respecto a la responsabilidad sobre la familia sigue siendo altísimo en comparación al de un hombre. Resabios de estas ideas diferenciales de las esferas de lo público y lo privado. Ni hablar de la posibilidad de elegir si formar una familia o no.

En los cuentos de Samanta Schweblin que analizamos a continuación nos metemos con la idea del matrimonio y la maternidad como destino ineludible de las mujeres. Planificada o inesperadamente, las protagonistas toman decisiones que, finalmente, las fortalecen.

LA NECESIDAD DE LA FELICIDAD

Porque el ideal de la mujer blanca, seductora pero no puta, bien casada pero no a la sombra, que trabaja pero sin demasiado éxito para no aplastar a su hombre, delgada pero no obsesionada con la alimentación, que parece indefinidamente joven pero sin dejarse desfigurar por la cirugía estética, madre realizada pero no desbordada por los pañales y las tareas del colegio, buen ama de casa pero no sirvienta, cultivada pero menos que un hombre, esta mujer blanca feliz que nos ponen delante de los ojos, esa a la que deberíamos hacer el esfuerzo de parecernos, a parte del hecho de que parece romperse la crisma por poca cosa, nunca me la he encontrado en ninguna parte. Es posible incluso que no exista.

Virginie Despentes

En “Mujeres desesperadas”, Felicidad sale de un baño en medio de la ruta para darse cuenta de que fue abandonada por su flamante esposo, que se ha ido en el auto. En ese momento aparece Nené, también vestida de novia, y le dice que siempre pasa lo mismo: se cansan de esperar y se van. Paulatinamente, comienza a sonar cada vez más fuerte el llanto de cientos de mujeres que gritan y se quejan porque sus maridos las han dejado. Nené está cansada de compartir largas noches con ellas sin poder dormir y ruega a Felicidad que no se una a ellas en la interminable desesperación. Mientras debaten, un auto frena y deja a otra mujer que se baja para ir al baño. Es una vieja que, tan absorta como Felicidad hasta hace un momento, observa con angustia que su marido se va sin esperarla. Las voces que emergen del campo, cada vez más enojadas, las van empujando hacia la ruta cuando ven aparecer un tercer coche. Esta vez el que se baja es el hombre, mientras la novia espera dentro. Corren hacia el auto para escapar y se suben. Le dan la posibilidad de bajarse, pero prefiere irse con ellas y dejar a su marido a la merced de la masa de mujeres desesperadas que se acercan desde el campo. Las cuatro comienzan a avanzar por la ruta cuando ven centenares de luces blancas que vuelven, pero, según Nené, no porque se hayan arrepentido, sino para buscarlo a él.

El cuento comienza con el siguiente fragmento y abre varios temas:

Al asomarse a la ruta, Felicidad comprende su destino. Él no la ha esperado y, como si el pasado fuese tangible, ella cree ver en el horizonte el débil reflejo rojizo de las luces traseras del auto. En la oscuridad llana del campo solo hay desilusión, un vestido de novia, y un baño en el que no debió haber tardado tanto (Schweblin, 2009: 45).

La palabra “destino” aparece en la primera oración y es un concepto que estructura históricamente la vida de las mujeres. Hay una guía, una serie de pasos para seguir: encontrar un novio decente –capaz de proveer económicamente–, casarse, tener hijos: formar una

familia para toda la vida. Cualquier proyecto por fuera de estos ejes (estudios, pasatiempos, carrera, placeres, trabajo, sueños, profesión, viajes, oficio, vocación, lo que sea) es un anexo, un apéndice, una posibilidad; es periférico, accesorio, opcional: para nada imprescindible. Eso sí, debe ser coordinado magistralmente para que no intervenga ni obstaculice el desarrollo de aquellos parámetros primeros. En ese escenario nacemos, crecemos y nos desarrollamos, hasta hacerlo carne y mente, hasta que se borran todos los otros actos de la escena, todos los otros finales posibles. Cuando no ocurre de ese modo, de la forma esperada, obvia y necesaria, hay frustración. Y culpa. Ella no debió haber tardado tanto. Hay algo en lo que se equivocó, algo no estuvo bien planeado o hay algo en ella que está mal, algo que puede no tener remedio. Simone de Beauvoir (1949) dice: “El destino que la sociedad propone tradicionalmente a la mujer es el matrimonio. La mayor parte de las mujeres, todavía hoy, están casadas, lo han estado, se disponen a estarlo o sufren por no estarlo” (373). De modo que, todo se define alrededor de esa institución. La mujer soltera puede estar frustrada o sublevada, puede incluso ser indiferente, pero necesariamente toma una posición en relación con el matrimonio.

En principio, debemos establecer que hubo importantes transformaciones en las décadas del sesenta y el setenta alrededor de estas disposiciones. Según Isabella Cosse (2010), a partir de estos años se da una crisis del matrimonio que pone en cuestión el modelo conyugal doméstico. Anteriormente, por medio de la imagen de esposa, madre y ama de casa, se establecía un símbolo de prosperidad económica y respetabilidad social para la familia que se conformaba, que la diferenciaba de otras pertenecientes a sectores que dependían también del salario de la mujer para subsistir. Es decir, una mujer trabajadora estaba más relacionada con la necesidad de la familia (ya sea porque no alcanzaba el salario del hombre o porque era la única entrada) que con un deseo profesional o vocacional, o la voluntad de establecer una independencia económica. Para el hombre, la imagen del casamiento significaba la pérdida de la virilidad juvenil y la libre disponibilidad del dinero para el ocio, como así también la imposibilidad de contar con una plena libertad para la vida social. En cambio para la mujer, el casamiento era considerado una necesidad, pasar del tutelaje del padre al del marido para poder subsistir. Surge, entonces, un nuevo ideal, relacionado con el compañerismo y en el que se esperaba “la unión, la entrega y la comprensión en relaciones que debían ser auténticas, desinhibidas y profundas para permitir la realización y el crecimiento personal” (132). La idea de igualdad fue uno de los grandes problemas en esta redefinición de la pareja: se pretendía equidad de condiciones, atribuciones, obligaciones y derechos para ambos

compañeros, pero en la práctica era punto de conflictos y debates en la pareja y en la esfera pública. Por otra parte, se cristalizaban, en las nuevas generaciones, los modelos de mujer que estudiaba y trabajaba, que era independiente, que asumía su libertad sexual y rechazaba la condición de ama de casa. Estas transformaciones son parte de la lucha de los feminismos de esa época, que dejaron marcas importantísimas para el futuro.

Habiendo pasado ya alrededor de cincuenta años, estamos todavía sacudiéndonos los restos de ese destino marcado que quedan pegados en el cuerpo, y que pesan, en la espalda, en la cabeza y en el pecho. Tal vez se puede convivir en pareja sin libreta, sin virginidad y sin reproches, pero hay que procurar que sea estable y perdure en el tiempo y hacer sacrificios, de ser necesario, para mantenerlo. Todavía sobrevuela la idea de necesidad de estar en pareja; pareciera ser que la soltería es solo un intermedio entre dos estabilidades: la última y la que pronto debería venir. Necesitamos sacar de raíz la idea del matrimonio como un logro al que una mujer debe aspirar para que pueda ser disfrutado plenamente. Según Chimamanda Ngozi Adichie (2017), “condicionamos a las niñas para que aspiren al matrimonio y no a los niños y, por tanto, ya desde el principio existe un desequilibrio terrible” (49). Hay una presión extra, en consecuencia, en ese vínculo habrá una desigual relación con la institución del matrimonio de cada una de las partes. Esto deriva en el mayor sacrificio que las mujeres están dispuestas a hacer en ese intercambio:

Así que lloran y los esperan... –continúa Nené– y los esperan... y sobre todo lo demás, y durante todo el tiempo: lloran, lloran y lloran. [...] Felicidad y Nené se miran. Bajo los pies sienten el temblor de un campo por el que avanzan cientos de mujeres desesperadas (46).

Esta idea del matrimonio como meta de vida provoca que resulte necesario y se tome, en caso de no resultar como planeado, como un fracaso personal. En este gran campo que es escenario del cuento, cientos de mujeres lloran y lloran, gritan constantemente porque sus maridos las abandonaron. Y quedan suspendidas allí, en tiempo y espacio, sin poder correrse de ese lugar de víctima sufriente y haciendo crecer en su interior un rencor que va tomándolo todo. Es la exageración fantástica de una situación en la que aún existe el riesgo de caer. La idea de perderlo todo por perder esa pareja que debía ser el suelo firme donde pisar. Y esto ocurre porque se sacrificaron los deseos personales en pos de alcanzar esa idea. Traemos de nuevo a Beauvoir (1949): “nos asombramos de ver con qué facilidad una mujer puede abandonar la música, los estudios, una profesión, tan pronto como ha conseguido marido; la causa está en que había comprometido demasiado poco de sí misma en sus proyectos” (310). Las

aspiraciones personales quedan opacadas por la presión social ejercida para buscar en el matrimonio una justificación. Por ende, resulta fácil “que no trate de crearse por sí misma un puesto en este mundo o que lo busque tímidamente” (310).

El problema el aislamiento respecto de las relaciones con otras mujeres. En lugar de compartir experiencias y apoyarse, terminan compitiendo, por hombres o por ocupar espacios en ciertos ámbitos donde hay lugar solo para unas pocas. Podemos reconocer esto desde dos perspectivas en el cuento. Por un lado, la reticencia de Felicidad para comprender que Nené está tratando de ayudarla cuando quiere hacerla reaccionar:

Cuando más necesita apoyo, cuando solo otra mujer podría entender lo que ella siente junto a un baño de damas, en la ruta, tras haber sido firmemente abandonada por su reciente esposo, solo tiene a esa mujer arrogante que antes le hablaba y ahora le grita (46).

A medida que avanza la historia, la protagonista va dejando de lado su actitud pasiva y comienza a actuar en su propio beneficio. Gracias a la mano de su compañera, se impulsa para salir de la arena movediza donde se hundía junto con su propia desesperación. De a poco vamos comprendiendo que a partir de la red tejida junto con otras mujeres es posible avanzar frente a los obstáculos que nos impone la estructura patriarcal. Por eso, uno de los conflictos más importantes con los que se enfrentan los feminismos es esta idea de competencia. La otra perspectiva donde vemos esta cuestión dentro del cuento es el recelo y el desprecio de las mujeres que han quedado atrapadas en ese círculo vicioso de odio y frustración. Una imagen muy fuerte, llena de resentimiento:

–¿Y saben por qué la dejaron a esta en la ruta?
–¡Porque es una morsa flaca!
–No, la dejaron porque... –se ríen– porque mientras ella se probaba su vestidito de novia, nosotras ya nos acostábamos con su maridito (49).

Considero que la masa de mujeres acusadoras, hirientes y prejuiciosas representa aquello que tenemos que dejar atrás. Es un reflejo en el que podríamos reconocernos, pero en ese mismo instante debemos elegir escindirnos de esa imagen para poder relacionarnos con las demás desde un lugar más empático y, por lo tanto, feliz. La progresiva unión de las protagonistas hace que vayan acercándose a la salida de esa especie de prisión a cielo abierto donde están atrapadas. Nené, aparentemente, desde hace muchos años. Y la solución del enigma se da cuando, sorprendidas, se encuentran con que en el próximo auto que se detiene no es la mujer

la que se baja, sino el hombre. Como símbolo del cambio que está ocurriendo, es la mujer quien se encuentra en la posición de decidir abandonarlo:

–No me bajo nada –dice la mujer. Mira al hombre sin aprecio y después a Nené–
. Arrancá antes de que vuelva –dice, y traba la puerta de su lado. (...) Nunca lo quise –dice–, cuando se bajó pensé en dejarlo en la ruta, pero no sé, el instinto maternal... (52).

Al enfrentarse a la inesperada irrupción en el auto, la mujer toma repentinamente una serie de decisiones, amparada por las otras mujeres que están escapando: en primer lugar, opta por no bajarse; en segundo lugar, acepta internamente que no lo aprecia tanto como podría esperarse por haberse casado con él; en tercer lugar, se apresura a trabar la puerta para asegurarse de que no vuelva a subir; por último, dice explícitamente que nunca lo había querido y que había pensado en abandonarlo directamente ahí. Sin embargo, no logra hacerlo sola. Es el principio de la transformación: asume la intención de dejarlo, se da cuenta de que no lo quiere, pero el “instinto maternal” la detiene o la hace dudar. La acción colectiva junto con otras mujeres hace que se sienta protegida y es lo que le da el coraje de seguir sus deseos. Este tipo de relaciones desiguales son las que se deben dejar atrás. En el final, ya habiendo logrado escapar, comienzan a ver cientos de autos volver por la ruta:

–Se arrepintieron –dice Felicidad–. Son ellos, ¡vuelven a buscarnos!
–No –dice Nené.
Enciende un cigarrillo y después, soltando el humo, agrega:
–Son ellos. Pero vuelven por él (53).

Esta imagen nos sirve para pensar los lazos fraternales que históricamente los hombres han estrechado entre sí. Ámbitos de apoyo donde se cuidan y protegen unos a otros. En muchos casos, pactos machistas que sirven para cubrirse y apoyar sus actitudes misóginas. Las mujeres, junto con todas las disidencias que se ven afectadas por el patriarcado y la heteronormatividad en la que están inmersas nuestras relaciones, debemos encontrar la manera de saber que contamos con un espacio de solidaridad propio e ir construyéndolo y ampliándolo constantemente. En definitiva, en la historia de Felicidad su nombre es fundamental: representa aquello que cree haber perdido al ser abandonada por su esposo; luego comprende que puede recuperarlo cuando quiera, ya que depende en realidad de su propio deseo. La vida no *es* la vida en pareja, ni el matrimonio, sino que este es una parte que puede fluir, que puede ir y venir, como todas las demás. Lo que realmente vale es lo que decidamos hacer cada una de nosotras de ella.

DESEADA O NADA

El problema del género es que prescribe cómo tenemos que ser, en vez de reconocer cómo somos realmente. Imagínense lo felices que seríamos, lo libres que seríamos siendo quienes somos en realidad, sin sufrir la carga de las expectativas de género.

Chimamanda Ngozi Adichie

En “Conservas”, la protagonista y su pareja, Manuel, se enteran de que van a ser padres antes de lo pensado. La beba ya tiene nombre, Teresita, pero no dejan de preocuparse porque los eventos se adelantaron a lo planeado. No están del todo felices, por lo que comienzan a investigar diferentes posibilidades. De este modo, dan con un doctor que les ofrece un tratamiento innovador con medicamentos, cambios en la alimentación y el sueño, y ejercicios de respiración. Necesitan seguir el plan al pie de la letra y de la participación del resto de los familiares. Están convencidos de que las actuales circunstancias no son las indicadas para recibirla y quieren esperar hasta más adelante, pero no quieren lastimarla. Finalmente, la protagonista logra una inversión en la circulación de la energía que hace que la panza vaya disminuyendo hasta desaparecer. Teresita se reduce al tamaño de una almendra y la escupe, para luego guardarla en un frasco de conserva hasta el momento adecuado.

En el comienzo del cuento se establece de manera contundente que existe un conflicto con la idea de este bebé que va a venir al mundo:

Pasa una semana, un mes, y vamos haciéndonos a la idea de que Teresita se adelantará a nuestros planes. Voy a tener que renunciar a la beca de estudios porque dentro de unos meses ya no va a ser fácil seguir (Schweblin, 2009: 19).

Estaba dentro de planes futuros, pero llega inesperadamente, por lo que se convierte en no deseado para ese momento en particular. Esta es la temática del cuento: la maternidad como una decisión y un deseo ejercidos por un cuerpo libre. Y la muestra de una forma muy particular. El problema no es aceptar que no se quiere ser madre y batallar con las normas impuestas que la gente que nos rodea pone en funcionamiento sobre cómo debemos vivir. Ese tema ni siquiera aparece; lo que deben resolver los protagonistas es, en primer lugar, tomar la decisión y, en segundo lugar, el método que van a utilizar para postergar el hecho de ser padres. Y esta omisión es realmente liberadora. Pensar por fuera de esas reglas tan internalizadas de lo que debemos ser o lo que tenemos que hacer da vértigo porque es un

terreno desconocido, pero, al mismo tiempo y por ese motivo, una aventura necesariamente hermosa; al desarrollar el relato de forma ajena a esa estructura se abre una gama de posibilidades que pueden impulsarnos a la acción.

A medida que avanza la narración, se muestra cómo va afianzándose la idea de que no desea ser madre en esa particular situación:

–Ay, no sé... –digo yo, y no sé si me refiero al regalo o a Teresita–. La verdad es que no sé –le digo más tarde a mi suegra cuando cae con un juego de sabanitas de colores–, no sé –digo ya sin saber qué decir, y abrazo las sábanas y me largo a llorar. (...) Manuel me adora y sé que, como yo, no tiene nada en contra de nuestra Teresita, qué va a tener. Pero es que había tanto que hacer antes de su llegada (19).

Si bien es una decisión de mutuo acuerdo –no hay conflictos entre ellos por esta cuestión–, vemos con más detalle el desarrollo de la decisión en la mujer, que justamente se corresponde con el narrador en primera persona. Más allá de los planes familiares en conjunto, es ella quien pone el cuerpo y, por ende, sus proyectos van a verse más afectados, además de las transformaciones y riesgos que debe enfrentar por transitar el embarazo. Sin embargo, no deja de señalar que no quieren hacerle daño, que solo quieren que espere un poco para estar más preparados. El hecho de eludir dentro del relato este gran dogma social que impone la maternidad a las mujeres es fundamental porque lo pone en evidencia de manera clara al seguir de largo y pasar a otra cuestión.

La propia autora dice en una entrevista: "...a los 30 y pico de años, en una sociedad en la que tener un hijo no es opcional, a nadie se le ocurre que acaso no querés tener uno. Y que si llegás a sentir eso, bueno, entonces algo te pasa".⁶ Virginie Despentes (2006) lo describe irónicamente: "...la maternidad se ha vuelto una experiencia femenina ineludible, valorada por encima de cualquier otra cosa: dar la vida es fantástico" (26). Tomar la decisión de no tener hijos o de esperar más tiempo (incluso, de elegir no tener más) deviene en una serie de explicaciones que hay que dar. Dentro del argumento, esta pareja está en un momento "ideal", ya que, por lo que se describe, se quieren y se llevan bien, construyen juntos un proyecto de vida y no parecen sufrir problemas de índole económica o social que les dificulte el hecho de criar un hijo. Por esto, sería lo más esperable que desde la familia haya grandes conflictos por

⁶ "La normalidad es un invento" [en línea], en *Revista Sudestada*, N.º 91, agosto de 2010 [consultado el 13 de agosto de 2018]

Disponible en: <http://www.revistasudestada.com.ar/articulo/705/la-normalidad-es-un-invento/>

esta decisión que están tomando. No parece haber “excusas” para no ser padres. Sin embargo, definen que no lo llevarán adelante.

Hablando de una entrevista que le hicieron a la bailarina Paloma Herrera, Luciana Peker (2018) describe estas situaciones que viven las mujeres que se salen de las coordenadas pactadas: “¿A la maternidad ya renunció?» le preguntaron, como si hubiera tenido que mandar un telegrama de renuncia. [...] No es su corazón lo que preocupa, sino su libertad lo que inquieta” (201). Le preguntan si ya decidió definitivamente que no va a ser madre, pero quieren saber si está segura porque no puede ser verdad; quieren escuchar que se arrepiente, o que cree haberse perdido de algo porque sorprende que tenga el coraje de ir contra aquello que está como dado. “Tanta libertad se paga”, denuncia Peker (2018: 200). Por suerte, los personajes secundarios del cuento no tienen estos prejuicios. O al menos saben respetar la autonomía de planificación familiar de quienes están involucrados. Antes de enterarse de que no continuarán con el embarazo, intentan estar muy presentes:

A veces mi mamá pide acariciar la panza. Me siento en el sillón y ella con voz suave y cariñosa le dice cosas a Teresita. A la mamá de Manuel, en cambio, se le da por llamar a cada rato para saber cómo estoy, dónde estoy, qué estoy comiendo, cómo me siento, y todo lo que se le pueda ocurrir preguntar (20).

Sin embargo, una vez que se enteran de los planes definitivos, apoyan a la pareja:

Citamos a nuestros padres y somos claros con ellos: el asunto está decidido, el tratamiento en marcha, y no hay nada que discutir. Cuando papá va a preguntar algo Manuel lo interrumpe:
–Tienen que hacer lo que les pedimos –dice–. Cada punto que anotamos, el día exacto y a la hora exacta. (...)
Siguiendo el primer punto de su lista, la madre de Manuel hace su mejor esfuerzo y trata de, gradualmente (...), ir haciendo menos llamados a casa y bajar la ansiedad por hablar todo el tiempo de Teresita (21).

El embarazo aparece como una contingencia, no una obligación, y su desenlace en un parto y posterior crianza, una posibilidad. Lo más importante es que la determinación no es juzgada por personas externas, sino que es personal y a consciencia. El cuento habla sobre maternidad deseada, con lo cual aparece en el centro de la discusión la cuestión del aborto. Dice Beauvoir (1949), a mediados del siglo XX: “Existen pocos temas respecto de los cuales la sociedad burguesa despliegue más hipocresía: el aborto es un crimen repugnante, y aludir a él es una indecencia” (464). Es un fenómeno sumamente extendido y, por la falta de regulación, uno de los riesgos de la condición femenina. La falta de presencia del Estado mata; dice Peker (2018): “el gatillo conservador de la clandestinidad quita la vida” (295). Y agrega: “Murieron

por ser mujeres en una sociedad que incita al sexo pero arrincona a quienes abortan a una ruleta rusa” (295). Es sorprendente que aun haya sectores que no comprendan que se trata de una cuestión de salud pública y autonomía de los cuerpos, y no puedan separarla de consideraciones morales y subjetivas. En el cuento se muestra esta sensación de impotencia y, a su vez, de no resignarse ante la necesidad:

No puedo entender cómo en un mundo en el que ocurren cosas que todavía me parecen maravillosas –como alquilar un coche en un país y devolverlo en otro, descongelar del freezer un pescado fresco que murió hace treinta días, o pagar las cuentas sin moverse de casa– no pueda solucionarse un asunto tan trivial como un pequeño cambio en la organización de los hechos. Es que simplemente no me resigno (20).

En esta época, cuando la humanidad ha avanzado en tal magnitud, tanto en cuestiones de derechos humanos como tecnológicas, pensar en términos delictivos acerca de elecciones sobre nuestros propios cuerpos parece descabellado. El hecho de que los Estados no estén a la altura de las transformaciones que impone la sociedad, es un atraso importante. Pero existen hoy muchos sectores que se creen con la potestad de disponer sobre la libertad de otros, con argumentos que “priorizan la vida del «niño por nacer» y postulan derechos a los embriones con independencia del sujeto que los aloja”.⁷ Pero no es posible desvincular a un feto del cuerpo donde es gestado: hay una clara intención de “despersonalizar a las mujeres como sujetos y no tener en cuenta sus decisiones y las circunstancias en las que son tomadas”.⁸ En este sentido, recuperar la literatura, y el arte en general, como elemento disruptivo con la capacidad de penetrar esos postulados y desarmarlos, es muy valioso.

Hay muchos otros aspectos que pueden desprenderse de este cuento: pensar la maternidad como una arista más del abanico de piezas que componen el ser mujer y no como la piedra única y fundamental; la falsa ilusión del instinto maternal y las expectativas sobre cómo ser mamá; esos secretos que no se comparten y generan frustración: “El nuevo mandato social parece exigirle TODO a las mujeres: madres, modernas, producidas, cuidadas, inteligentes, informadas, dedicadas. Y lo que no se hace queda como tarea”.⁹ Lo que se intenta destacar en este análisis es la idea de que debe ser una elección y un deseo: la maternidad será deseada

⁷ FAUR, E. y VÁZQUEZ LABA, V. “La maternidad será deseada o no será” [en línea], en *Revista Anfibia*, mayo de 2018, [consultado el 3 de enero de 2019] Disponible en: <https://bit.ly/2DIHozh>

⁸ Loc. cit.

⁹ PEKER, L. “Ser mujer no es ser madre” [en línea], en *Página 12*, 2 de enero de 2004 [consultado el 3 de enero de 2019]. Disponible en: <http://cort.as/-HHCQ>.

o no será. En cualquiera de los dos casos, será acompañada, contenida y con información: la salida siempre es colectiva.

2- LA TRANSGRESIÓN (SILVINA OCAMPO)

EL MUNDO CON NUEVOS OJOS

Desde tiempos lejanos las mujeres vienen cuestionando su lugar en la sociedad, vienen diciendo y gritando, quejándose porque algo las incomoda. Desde la filosofía, la política, la literatura o cualquier forma del arte, hubo pensadoras que se preguntaron por esto, en distintos momentos y lugares, y que fueron aportando con sus reflexiones a una lucha histórica. Muchos de estos conceptos son pugnas que hoy en día ya han sido superadas; otros continúan siendo banderas de reivindicación. De cualquier manera, cada uno de los pasos no hubiera sido posible sin la valentía de estas teóricas que, contra todo prejuicio, avanzaron para establecer sus reclamos públicamente.

Mary Wollstonecraft fue una escritora inglesa y una de las primeras filósofas que se aventuró en el pensamiento feminista. En el año 1792 publicó su libro *Vindicación de los derechos de la mujer*, donde, en consonancia con el movimiento por los derechos del hombre de la reciente Revolución francesa, estableció importantes cimientos teóricos para los planteos futuros. Se centra, principalmente, en la cuestión de la educación y formación, donde ve la gran diferencia entre hombres y mujeres de la época, particularmente, en sus aspiraciones personales. Dice, entonces, que el acceso al perfeccionamiento de la razón a través de su ejercicio es un ámbito en el que no hay lugar para la mujer, sino que está reservado para el hombre, que “se interpone siempre entre ella y la razón”; además, siempre está instruida como para “creer en la verdad de las cosas sin cuestionarlas” (Wollstonecraft, 1792: 68). Justamente, se trata de esto: cuestionar aquellas estructuras que se nos muestran como fijas y naturales, y pensar si podrían ser de otra manera. La autora explica que el entendimiento ha sido denegado a las mujeres, para suplantarlos por el instinto, como ingenio o astucia para los asuntos de la vida. De modo sistemático, “...la misma constitución de los gobiernos civiles ha puesto siempre obstáculos insuperables en el camino para impedir el cultivo del entendimiento femenino...” (70).

Reflexiones como estas son de suma importancia si queremos tomar cierta perspectiva sobre los grandes temas que surcaron la lucha por la igualdad de género. En esa coyuntura, se estaba bregando por romper con la concepción de que la mujer era, sencillamente, inferior al hombre

en términos intelectuales. La autora exige, provocadora: “Que la mujer comparta los derechos del hombre y emulará sus virtudes, pues se perfeccionará si se emancipa, o justificará la autoridad que encadena a semejante ser débil a su deber” (149). Es decir, dejen que las mujeres tengan los mismos derechos que los hombres, que accedan a la misma educación, a las mismas posibilidades de viajar, conocer, ejercitarse, relacionarse con diferentes personas, ejercer poder, ser propietarias: ser libres; allí podrá saberse si es justo o no que dependan en tal medida del otro sexo. Hoy en día nos enfrentamos a otros conflictos, pero las resistencias para acceder a esos derechos tienen la misma intensidad que las de aquellos tiempos. Esto nos demuestra que el camino para avanzar es no dejarse convencer de que hay que conformarse con lo que hay.

Para seguir desarrollando estas rupturas, es imprescindible pasar más detalladamente por el pensamiento de Beauvoir (1949). En su libro *El segundo sexo*, hace un ambicioso recorrido histórico y conceptual desde diferentes disciplinas para analizar la situación de la mujer en aquel entonces. Explica allí que la definición del sujeto *mujer* está dada, sobre todo, por establecer tal condición: “un hombre no comienza jamás por presentarse como individuo de un determinado sexo: que él sea hombre es algo que se da por supuesto. [...] La mujer aparece como el negativo, ya que toda determinación le es imputada como limitación, sin reciprocidad” (17). Ser hombre no es una particularidad, el tipo humano es el tipo masculino, por ende, la mujer no es definida en sí misma, sino en relación con el hombre. Entonces, será lo que el hombre determine, es decir, su identidad será constituida como la contraparte del hombre, según su perspectiva: “es lo inesencial frente a lo esencial. Él es el Sujeto, él es lo Absoluto; ella es lo Otro” (4).

La historia de las mujeres ha sido escrita siempre por los hombres y, en ese contexto, el problema de la mujer se convierte en un problema del hombre, es decir, construido desde su mirada. Tal como dice la autora, la suerte femenina siempre estuvo en manos masculinas; en definitiva, los hombres “nunca han decidido en función de su interés, sino que siempre han tenido en cuenta sus propios proyectos, sus temores y sus necesidades” (125). Una de las conclusiones más importantes a las que llega resulta clave para todo el desarrollo de la bibliografía posterior: “No se nace mujer: se llega a serlo” (207). Un concepto fundamental, porque abre la puerta a la posibilidad de salir del binarismo a la hora de pensar en el género y pone en evidencia que las condiciones en las que vive el colectivo femenino no son un destino natural que le corresponde a ese sexo, sino que son producto de construcciones

culturales y, por lo tanto, pueden ser modificadas: “Ningún destino biológico, psíquico o económico define la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana” (207).

Ya acercándonos al final del siglo XX, es indispensable el aporte de Judith Butler (1990) para cuestionar el género como una entidad binaria y atada al sexo biológico. Esta pensadora y filósofa, en su libro *El género en disputa*, problematiza las categorías de mujer y varón para establecer que son construidos social y culturalmente: “el género no es el resultado causal del sexo ni tampoco es tan aparentemente rígido como el sexo” (54). Si podemos comprender que las categorías dentro del género están constituidas a partir de relaciones sociales, culturales y políticas, actividades y comportamientos naturalizados a lo largo de la historia, estamos en condiciones de concebir como posible aquello que se sale de la norma. Los espacios en los que no encajamos, las conductas que nos inducen como propias y no sentimos así, lo que internamente no nos convence y nos inquieta, todas esas estructuras que parecen inamovibles cobran un nuevo sentido. Esta postura da lugar a la visibilización de una cantidad de grupos que no se sienten identificados con las escasas variables en las que el ser humano puede acomodarse socialmente y ser aceptado.

Las constantes luchas de estos colectivos han logrado un avance en el reconocimiento de sus derechos en las últimas décadas, tanto por parte del Estado como de la sociedad en su conjunto. De todas formas, incluso hoy en día el solo hecho de existir como identidad sigue siendo un terreno lleno de obstáculos. Los estudios que esta autora realizó han sido significativos para pensar el lugar de la mujer, pero resultaron principalmente influyentes para los movimientos de la comunidad LGTBIQ+. El feminismo debe ser el espacio de lucha para todos los grupos segregados y minimizados por la cultura machista; un ámbito que nos permita salir del binarismo y analizar todos los conflictos. Para poder comprender que las reivindicaciones no son solo de la mujer cisgénero¹⁰ heterosexual de clase media alta que busca igualar derechos con el hombre, sino que se debe bregar por la inclusión de todas las realidades, en todos los aspectos que se puedan considerar: sexualidad, clase, etnia, nivel educativo, situación económica, social, cultural, etc.

¹⁰ En el artículo “*Trans*, acortamiento válido de *transexual* y *transgénero*” de la Fundéu BBVA, se explica que con los términos *cissexual* y *cisgénero* “se alude a las personas cuya identidad de género coincide con el sexo asignado al nacer”. Disponible en: <https://www.fundeu.es/recomendacion/trans-transexual-transgenero/>

En su artículo “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, la historiadora Joan Scott (1993) pone en evidencia que un análisis de este tipo debe considerar los conceptos de clase, raza y género, ya que tiene que incluir las historias de los oprimidos y debe comprender que “las desigualdades del poder se organizan al menos sobre la base de estos tres ejes” (19). Además, plantea que es preciso reconocer las formas en que las sociedades representan al género para poder entender la permanente asociación de la masculinidad con el poder y cómo se aprende desde niños este tipo de valoraciones. Debemos deshacernos del carácter fijo y permanente de la oposición binaria entre mujer y hombre para poder alcanzar una historización y deconstrucción de estos términos. La autora establece que el género es “un campo primario en el cual o a través del cual se articula el poder” (37) y descarta la idea de un poder unificado y centralizado para reemplazarla por el concepto foucaultiano: relaciones desiguales y dispersas donde se constituyen las identidades en relación con los límites impuestos y las resistencias. Es decir, en las relaciones sociales, el género es una de las formas que toma el poder para ser ejercido; es un elemento que las constituye y se basa en las diferencias que se perciben entre los sexos: “es una manera primaria de significar las relaciones de poder” (35). Una vez que tomamos consciencia de esto, solo nos queda trabajar para desarmar estas relaciones y mirar el mundo con nuevos ojos.

Intentaremos hacerlo a través de los ojos de las protagonistas de dos cuentos de Silvina Ocampo que pertenecen al libro *Los días de la noche*, publicado en 1970 y de una actualidad maravillosa para penetrar estos temas. Dos mujeres, una adulta y una niña, ponen sus deseos en primer plano y asumen los riesgos del caso; de la mano de sus ropas, rompen con las estructuras que el contexto les impone, obstáculos a los que se enfrentan externa e internamente.

SALIR DE LA JAULA

Enséñale a ser sincera. Y amable. Y valiente. Anímalala a decir lo que piensa, a decir lo que opina en realidad, a decir la verdad. [...] Cuéntale que la amabilidad importa [...], pero enséñale que la amabilidad nunca debe darse por sentada. Dile que ella también merece la amabilidad ajena. [...] Dile que, si algo le incomoda, se queje, lo diga, grite.

Chimamanda Ngozi Adichie

En “La muñeca” la protagonista cuenta la historia de su infancia en la estancia de la familia que la había adoptado. Desde pequeña advirtieron su don de adivinación, cuando anunció la llegada de un visitante unas horas antes. Si bien jugaba con Esperanza, la niña de la casa, admiraba más a los varones. Eventualmente, logró que Horacio la tratara como a un amigo, cuando comenzó a vestirse de un modo que le “trajo suerte”: bombacha, camisa de lino y botas de goma. Juntos comenzaron a hacer excursiones, a andar a caballo, a nadar. Sin embargo, lo hacían en secreto, porque ella debía realizar actividades de niña, como tomar clases de francés o recitar fábulas en los cumpleaños. Un día, cuando la señora Celina, madre de la familia, estaba por regresar de un viaje, tuvo la visión de una muñeca con rulos y un vestido celeste. Esa misma tarde, fueron descubiertos en uno de sus paseos secretos con Horacio; mientras que a él no le importó, a ella la situación la llenó de vergüenza y temor a las consecuencias. Finalmente, cuando llegó la señora Celina, comprobó sin asombro que le había traído de regalo la muñeca que ella había visto. Como en anteriores oportunidades, fue acusada de bruja.

Al comienzo del cuento se establece una incomodidad, una disconformidad con un estado de cosas; uno muy importante y fundamental porque se trata de la identidad y el reconocimiento de sí misma de la protagonista:

Todo el mundo dice; *Yo tal cosa, yo tal otra*, salvo yo que preferiría no ser yo. Soy adivina. Sospecho a veces que no adivino el porvenir, sino que lo provocho. En Las Ortigas comencé mi aprendizaje. Tengo un consultorio en La Magdalena. Nubes de polvo, la policía, mis clientes me asedian (Ocampo, 1970: 601).

De hecho, nunca sabemos su nombre. También podemos anticipar un sentimiento de culpa y de persecución por ser quien es. A medida que avanza la narración, vamos notando que no es que preferiría no ser ella misma, sino que no quiere ser lo que aparentemente debería. Nos

encontramos entonces frente a un mundo donde las cosas pueden ser de un solo modo y todo lo que se salga de esa estructura es motivo de culpa y vergüenza hacia el interior, y de acusaciones, cuando miramos hacia el exterior.

El libro *Querida Ijeawele. Cómo educar en el feminismo* es una carta llena de amor donde Adichie (2017) aconseja a una amiga sobre algunas cuestiones que debería tener en cuenta para que su hija recién nacida se desarrolle con libertad dentro de esa forma de pensamiento. Le dice en un fragmento: “Enséñale a tu hija que los «roles de género» son una solemne tontería. No le digáis nunca que debe hacer algo o dejar de hacerlo «porque es una niña». «Porque eres una niña» nunca es una razón para nada. Nunca” (28). Nuestras crianzas están llenas de estos momentos en los que nos toca jugar con ciertos objetos, practicar ciertos deportes y disfrutar de ciertos pasatiempos, según si somos chicas o chicos: como si las formas de divertirse estuvieran determinadas por el sexo asignado al nacer. Internalizamos esas imposiciones culturales de tal forma que luego las reproducimos en nuestra vida adulta.

En el contexto donde vive esta niña, los varones están habilitados para realizar ciertas tareas, mientras que las niñas no. Ella nota esta diferencia y se da cuenta de que desearía estar en el lugar de esos niños que juegan en la tierra, hacen excursiones, pasean con sus perros, llevan cuchillos, hacen bromas pesadas, se ríen a carcajadas, se pelean y usan su fuerza. En cambio, mira desde lejos mientras toma clases de francés junto a Esperanza:

Nunca pude quererla. Me gustaban los varones y, por brutos y antipáticos que fueran, me parecían superiores a las mujeres (604).
Frente a mi puerta, separados por el patio, estaba la pieza de los varones, que antes de ir a acostarse, para asustarnos, golpeaban el vidrio de nuestras ventanas e imitaban el grito de las lechuzas (605).

Al ser el único ámbito que conoció, aprende que las chicas no están capacitadas para aventurarse en algunas actividades, lo que la hace pensar que los chicos son de algún modo superiores. Relata sus travesuras con algo de resentimiento porque anhela estar en ese lugar, pero intuye que hay algo equivocado en ello. En la infancia, al observar a nuestro alrededor, aprendemos instintivamente que hay cosas que no debemos hacer y lo naturalizamos. Luego lo reproducimos en nuestro desarrollo como personas adultas y se lo enseñamos a las nuevas generaciones: “Si no les ponemos a nuestros hijos la camisa de fuerza de los roles de género, les dejamos espacio para que alcancen su máximo potencial” (32). La instrucción y el acceso a este tipo de información en la niñez, tanto de parte de las instituciones educativas como de la crianza familiar en cada hogar, debería tener el objetivo de enseñar a niñas y niños que

pueden tomar todas las elecciones posibles, y que no hay limitaciones por pertenecer a uno u otro género.

Ella no se resigna y, ante la imposibilidad de expresarse libremente sobre sus deseos, encuentra una sencilla, pero arriesgada, solución: vestirse de varón para ser tratada con mayor respeto y con igualdad, y poder atravesar los límites que le eran impuestos:

Horacio, con un cuchillito y su perro Dardo, solía emprender excursiones por las mañanas. [...] Yo lo admiraba. Después de muchos subterfugios conseguí vestirme de un modo que me trajo suerte. La vestimenta consistía solo en una bombacha, una camisa de lino y unas botas de goma, que me habían regalado. Aproveché un día de carnaval, en que nos disfrazamos, para adoptar esa vestimenta de varón, más conspicua que la de Esperanza, que usaba una jardinera (606).

Incluso tuvo que poner en práctica su astucia para encontrar una ranura en esa sólida estructura: un disfraz de carnaval –espacio emblemático para burlar el poder–, que decidió apropiarse para uso cotidiano. Directamente describe que fue una vestimenta que le trajo suerte, ya que gracias a esta pudo comenzar a tomar parte en las experiencias que realmente le interesaban para compensar el desgano que sentía por sus otras ocupaciones:

El tedio que sentía frente a Esperanza prolongaba el tiempo. Muchas veces creía que estaba a punto de desmayarme, cuando Mademoiselle Gabrielle nos llevaba a su lugar predilecto, bajo los árboles, a darnos clase. [...] Me enseñó algunos rudimentos de francés y de matemáticas; me enseñó también algunas fábulas, que me obligaba a recitar para el cumpleaños de la señora Celina (607).

En cambio, muestra entusiasmo cuando cuenta las aventuras que vivía con Horacio. O cuando describe el esfuerzo que hacía para parecerse a él y verse más viril, tal como ella lo describe. Es extendida esta asociación entre lo masculino y la fuerza y el poder, y la vamos desarrollando desde la niñez. Encuentra esta forma de vestir como un modo de acceder a ese poder y a esas prácticas, asimilándose a características estéticas masculinas:

Horacio empezó a tratarme como a un amigo. Tratarme como a un amigo era, a veces, maltratarme mucho. A menudo me invitaba a salir a caballo. Cuando le venían ganas de orinar, lo hacía delante de mí, sin esconderse. [...] Dos o tres veces nos bañamos en el tanque australiano, sin que nadie lo supiera. Para parecer más viril, yo me desvestía hasta la cintura. [...] Nunca pensé que aquella intimidad con Horacio pudiera costarme tan cara (607).

Hay varios elementos en este fragmento. En primer lugar, la actividad física: los paseos con Horacio eran un espacio donde estaba permitido para ella correr, andar a caballo, nadar o buscar víboras libremente. No se da tanta importancia a esto en el desarrollo de las niñas o, al menos, no tanta como en los chicos. En este sentido, Adichie (2017) propone: “Anímalas a

practicar deporte. Enséñale a ser activa físicamente. [...] Permítele descubrir la valía de ser activa” (65). Un ejemplo puede ser el fútbol, donde vemos la cantidad de obstáculos que enfrentan las mujeres para jugarlo profesionalmente y la desigualdad de condiciones, al ser los varones sumamente incitados para jugarlo desde temprana edad, mientras las chicas son desanimadas, como si no fuera un deporte para ellas. Afortunadamente en los últimos años esta lucha se ha visibilizado cada vez más y hay una creciente cantidad de espacios donde puede desarrollarse la actividad. De todas maneras, como la mayoría de los elementos sobre los que estamos reflexionando, queda aún mucho por recorrer.

En segundo lugar, el hecho de sentirse “igual”, que está dado en todo momento por decisión del otro: él es quien comienza a tratarla “como a un amigo”, él la invita a sus excursiones, él decide que va a orinar delante de ella sin esconderse. En definitiva, es él quien le “cede” ese lugar, mientras ella trabaja para ganárselo (se desviste hasta la cintura para parecer más viril, soporta su maltrato e incluso, –detalla más delante– orina junto a él) y ser digna de ello. En tercer lugar, el secreto y sus consecuencias. Si bien son momentos que disfruta mucho, se da cuenta de que nadie puede saber lo que ocurre. Finalmente, esa complicidad con Horacio y el lugar que tomó junto a él terminan “costándole caro”. Lo que le cuesta caro es la transgresión: salirse del lugar habilitado y hacer algo diferente; debe enfrentar ser juzgada por ello:

Horacio se encogió de hombros y volvió a buscar su víbora. Yo me vestí viendo las nubes negras y amenazantes del cielo. Sin hablar a Horacio, volví corriendo a la casa; entré en mi cuarto y me tiré en la cama. [...] Me sentí aliviada al oír los primeros truenos. “Tal vez sobrevendrá el diluvio y me salvaré de mi vergüenza”, pensé. [...] No me atreví a salir de mi cuarto. [...] En la antecocina Esperanza estaba sentada frente a la mesa. Sin hablarle me senté y para tranquilizarme imaginé que había soñado la escena de la tarde (609).

Para ella la situación fue una catástrofe: vio en el cielo la tormenta que se acercaba amenazante y sintió su propio destino. No se atrevió a salir del cuarto y esperaba que todo haya sido un sueño, que nada hubiera sucedido. Por su parte, a Horacio no le importó en lo más mínimo. Él no estaba haciendo nada malo, sí estaba habilitado a experimentar su autonomía libremente por el campo. Y este punto es el principal. Dice Despentes (2006): “El acceso a los poderes tradicionalmente masculinos implica el miedo al castigo. Desde siempre, salir de la jaula se ha visto acompañado de sanciones brutales” (25). Hay varios espacios de restringido acceso para las mujeres. No se trata solamente de espacios físicos o estructurales concretos, como puestos de toma de decisión, sino también de formas de expresarse o sentir.

El enojo, la seguridad, la firmeza, el disfrute del mismo ejercicio del poder no son sensaciones que tengamos permitido habitar sin las correspondientes cuentas a pagar: “La rabia [...] es particularmente indeseable en la mujer. Si eres mujer, no tienes que expresar rabia, porque resulta amenazador” (Adichie, 2016: 28). Cuando una mujer se enoja, pierde su “feminidad”; cuando defiende sus convicciones, es soberbia. Es un círculo difícil de abandonar, pero hay que hacer el intento.

En sincronía con esta idea, sobrevuela todo el cuento el hecho de que esta niña es adivina, y por eso es acusada de bruja en varias oportunidades:

Súbitamente, en medio de mis juegos, anuncié la llegada del ingeniero Kaminsky. [...] Con minuciosas mímicas describí su llegada, que tuvo lugar unas horas después. La señorita Domicia [...] con sus ojos de araña miró mis ojos, y me dijo: “Bandida, serás una bruja”. ¿Qué quería decir “bruja”? Presentí que me decía algo horrible. [...] Dijo que hubiera sido mejor para todo el mundo que la vieja de Las Rosas me guardara y que mi presencia en la estancia molestaba a los mayores y pervertía a los menores (602).

En toda la historia de la humanidad –más en relación con las instituciones religiosas–, miles de mujeres han sido acusadas de brujas; por salirse de la norma, por incursionar en la medicina, por escribir, por expresar sus opiniones, por quejarse de condiciones desiguales, o simplemente por crear redes con otras mujeres para protegerse. Esta niña es de origen dudoso, no se sabe bien quiénes son sus padres, insiste en vestirse como varón y correr y ensuciarse, y, para colmo de males, es adivina. Es una bruja. Es todo lo que está mal, su sola existencia perturba el orden: “molestaba a los mayores y pervertía a los menores” dice asustada la señora que la cuidaba. Woolf (2013) piensa que “cuando leemos acerca de una bruja que fue sumergida en el agua, de una mujer poseída por los demonios, [...] estamos sobre la pista de una novelista perdida, una poeta silenciada” (65). La bruja es la imagen de lo que rompe con el orden dado y, por ende, debe ser castigada.

Hacia el final del cuento, cuando la descubren en su “infracción”, pasa horas pendiente, preocupada y angustiada por las consecuencias que pudiera tener. Sin embargo, no hay represalia física ni una sanción verbal exagerada; nadie la castiga, ni le grita, ni la maltrata:

Asombrada de no provocar la repulsión que esperaba, abrí la caja y encontré la muñeca con rulos castaños, ojos azules, un sombrero de paja y un vestido celeste de organdí. La sacudí. La muñeca dijo papá, mamá, con un quejido suave. Me aconsejaron que la sacara de la caja arrancando algunas cintas que la tenían presa. Porque no me atrevía a hacerlo, la señora Celina la arrancó ella misma de su prisión.

–Bruja –me dijo la señora Celina.
–*Sorcière* –me dijo Mademoiselle Gabrielle.
Las dos reconocieron la muñeca descrita por mí.

El castigo es el regalo: la muñeca; es el símbolo de que todo se mantiene como está. Imponerle que sea “como una niña debe ser”. También es parte del castigo el hecho de haber podido anticiparlo: el fin de esas pequeñas vacaciones de libertad siempre estuvo en las posibilidades. Ya lo sabía y no lo pudo evitar. Pero hay algo ahí en esa sensación de saber, de comprender que hay algo más, de que se corra el velo que oculta los hilos que mueven todo. Aunque haya obstáculos y se cierren puertas, de ese conocimiento no se puede volver atrás. En las últimas oraciones del cuento vuelven a acusarla de bruja. Sí, esa bruja ya sabe de qué es capaz; ya sabe que le toca enfrentar un sistema que está organizado para hacerle creer que no lo es. Ya sabe que cuenta con otras brujas, cercanas, lejanas, contemporáneas, de tiempos anteriores y de tiempos futuros.

EL ALTAR DE NUESTROS CUERPOS IMPOLUTO

Joden las mujeres que desean. Joden las que escriben, las que dicen, replican, invitan, no se conforman, no esperan, no callan. Joden las mujeres que ganan y las que pierden y se levantan. Joden las que gustan y las que no quieren gustar. (...) Joden las que nadan aunque el mar revuelque los corpiños. Joden las que son sirenas sin piernas atadas. Lo que jode es el deseo.
Luciana Peker

En “Las vestiduras peligrosas”, Piluca cuenta la historia de cuando trabajaba como modista para Artemia, una mujer de clase alta. Ella le pedía que le cosiera vestimentas muy extravagantes: un jumper de terciopelo que dejaba al descubierto sus pechos, un vestido de gasa transparente con dibujos de pies y manos, otro de tul con pinturas de hombres y mujeres desnudos. Así salía a la calle por la noche, ante la inquieta mirada de Piluca. Siempre volvía a salvo, pero cada mañana encontraba una noticia en el diario que decía que una mujer en alguna parte del mundo, con un vestido exactamente igual al de ella, había sido violada brutalmente por un grupo de jóvenes. Finalmente, con la intención de evitar que siguiera exponiéndose al peligro, le aconseja que se vista con camisa y pantalón. Sale una vez más, pero esta vez con las prendas recatadas. A la mañana

siguiente, al regresar al trabajo, la costurera se entera de que una patota había violado a su empleadora y que la había acuchillado “por tramposa”.

La Ley de Protección Integral a las Mujeres, en su artículo cuarto define la violencia contra las mujeres como “toda conducta, acción u omisión, que de manera directa o indirecta, tanto en el ámbito público como en el privado, basada en una relación desigual de poder, afecte su vida, libertad, dignidad, integridad física, psicológica, sexual, económica o patrimonial, como así también su seguridad personal”;¹¹ incluye también las acciones perpetradas desde el Estado o por sus agentes. A su vez, en el artículo quinto detalla los cinco tipos en que se puede dar: física, psicológica, sexual, económica/patrimonial y simbólica. En este análisis nos vamos a centrar en la violencia sexual, que está definida como las acciones que impliquen una vulneración “del derecho de la mujer de decidir voluntariamente acerca de su vida sexual o reproductiva a través de amenazas, coerción, uso de la fuerza o intimidación”; es fundamental aclarar que también está comprendida “la violación dentro del matrimonio o de otras relaciones vinculares”.¹² En esta historia una mujer logra correrse del lugar de la culpa sobre lo que le ocurre y da prioridad a sus intenciones sin temor a las consecuencias; tal vez sin real consciencia de ellas. Sin embargo, la narradora es quien rompe el hielo y, como si fuera una mera anécdota, nos brinda un relato detallado y retorcido:

Perdí mi empleo de pantalonera porque no tuve paciencia con un cliente asqueroso al que le probé un pantalón. Resulta que el pantalón era largo de tiro y había que prender con alfileres, sobre el cliente, el género que sobraba. Siendo poco delicado para una niña de veinte años manipular el género del pantalón en la entrepierna para poner los alfileres, me puse nerviosa. El bigotudo, porque era un bigotudo, frente al espejo miraba su bragueta y sonreía. Cuando coloqué los alfileres, la primera vez me dijo:

–Tome un poco más, vamos –con aire puerco.

Le obedecí y volvió a decirme con el mismo tono, riéndose:

–Un poco más niña, ¿no ve que me sobra género?

Mientras hablaba, se le formó una protuberancia que estorbaba el manejo de los alfileres. Entonces, de rabia, agarré la almohadilla y se la tiré por la cara. La patrona no me lo perdonó y me despidió en el acto diciendo que yo era una mal pensada y que la protuberancia se debía a que el pantalón estaba mal cortado (Ocampo, 1970: 540).

El personaje de la modista nos cuenta esta historia solo para explicar cómo termina trabajando para Artemia, luego de haber sido pantalonera. Pero el relato es brutal y abre el juego sobre

¹¹ “Ley de protección integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres en los ámbitos en que desarrollen sus relaciones interpersonales” Ley número 26485 [en línea], en *Información legislativa*, Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, Presidencia de la Nación, sancionada el 11 de marzo de 2009, promulgada de hecho el 1 de abril de 2009 [consultado el 13 de agosto de 2018]. Disponible en: <http://cort.as/-KL4p>

¹² Loc. cit.

el machismo y el poder, el goce y el consentimiento, el acoso y la culpa. Describe sus sensaciones con respecto a ese recuerdo con repugnancia: “cliente asqueroso”, “miraba su bragueta y sonreía”, “con aire puerco”; y también las reacciones que eso le provocó: impaciencia, nervios y rabia. La impotencia que genera una situación de acoso es difícil de explicar en palabras, pero se relaciona con sentirse objeto pasivo de un sujeto que impone algo sobre nosotras: una apreciación, una palabra, un prejuicio o, directamente, su violencia psicológica, física o sexual. Y luego viene la culpa. La que nos impone el sistema por haber “provocado” al abusador o “mal interpretado” al acusar. La propia, por no haber reaccionado debidamente, por no enfrentar y poner en su lugar a quien nos incomoda adrede. Ella es una joven de 20 años, “niña” se llama a sí misma, con lo cual hay una clara asimetría de poder frente a este hombre mayor que, además, es quien paga por su trabajo.

En su relato, Piluca dice que “perdió la paciencia”, entonces, en algún punto cree que debería haberla mantenido. Sin embargo, reacciona cuando se da cuenta de que el hombre está disfrutando de la incomodidad a la que la está sometiendo y es eso lo que lo excita: sentirse en un lugar de poder sobre el cuerpo de ella. También lo divierte; en varias oportunidades hace referencia a las risas y sonrisas con que acompaña su accionar. Afortunadamente, ella no lo tolera y le hace saber que esa actitud no pasará inadvertida. Lo que sucede luego es la historia de siempre: su palabra es puesta en duda por su jefa que, en lugar de protegerla, decide dejarla sin trabajo. Dice Despentés (2006): “En nuestra cultura, [...] la palabra de la mujer que acusa al hombre de haberla violado es una palabra que ponemos inmediatamente en duda” (42). Se duda porque se exigen pruebas; además, hay que estar traumatizada, ser desdichada y tener miedo “a los hombres, a la noche, a la autonomía, que no te gusten ni el sexo ni las bromas” (47).

Cuando se habla de delitos sexuales todo tiende a girar alrededor de la víctima: qué estaba haciendo, dónde y con quién, que tenía puesto, qué tomó y cuánto, cómo eran sus hábitos y tantas preguntas más. Todo esto para poder verificar si califica o no. Porque tal vez se lo buscó, no fue lo suficientemente recatada y cuidadosa. Hay víctimas que merecen pena y otras que no, porque no evitaron el hecho o porque no se muestran lo suficientemente desgraciadas. El peligro está afuera, pero debemos prevenirlo quedándonos dentro, en lugar perseguir un cambio. Según Despentés (2006), cuando el delito sexual aparece en el discurso, “todo el dispositivo de vigilancia de las mujeres se pone en marcha: ¿qué es lo que quieres?, ¿Qué se sepa lo que te ha sucedido? [...] Y de todos modos, ¿cómo es posible que hayas

sobrevivido sin ser una puta rematada?” (46). Y agrega: “Porque en la violación siempre es necesario probar que no estábamos realmente de acuerdo” (53).

Es que si vamos por la transformación de esa maquinaria, ponemos todo patas para arriba, y eso molesta mucho. No es que el cliente puede no volver a hacer sus trajes en ese lugar; es que, si enfrentamos a uno, tenemos que revisar todas las relaciones que nos rodean, porque en cualquiera puede haber una cuota de opresión. No todos están dispuestos a semejante terremoto. Si bien Piluca pasó por esta situación y tuvo que pagar las consecuencias de rebelarse, se muestra siempre muy pudorosa y prudente. Realmente siente miedo por lo que pueda llegar a pasarle a Artemia en sus paseos: cree que, innecesariamente, se expone al peligro. Está atravesada por una concepción de culpa y sacrificio, y la preocupan los vicios:

Era ociosa y dicen que la ociosidad es la madre de todos los vicios. A pesar de eso, hacía cada dibujo que lo dejaba a uno bizco. [...] Cuántas personas menos buenas que ella hay en el mundo que están todo el día en la iglesia rezando (539).

Es un tema que la angustia y lo reitera en otras oportunidades, pero rescata su habilidad y su entusiasmo para dibujar los vestidos. Tal vez sea perezosa, pero es buena persona. Muchos se desviven representando el papel de ciudadanos ejemplares, mientras fomentan odio y resentimiento; al correr el telón de la hipocresía aparece la pregunta sobre la naturalización acerca de qué es “lo bueno” y qué es “lo malo”. Quién definió los límites y por qué. Piluca carga con un bagaje de prejuicios; sin embargo, aprecia a Artemia porque siente su empatía y la admira porque es valiente y no está atada a las estructuras que a ella la atemorizan:

El día que se le antojó estrenar el jumper, no estaba hecha la blusa: resolvió, contra viento y marea, ponérselo. Parecía una reina, si no hubiera sido por los pechos, que con pezón y todo, se veían como en una computera, dentro del escote. Al día siguiente [...] me leyó una noticia de Budapest, llorando. Una muchacha había sido violada por una patota de jóvenes que la dejaron inanimada, tendida y desgarrada en el suelo. La muchacha llevaba puesto un jumper de terciopelo, con un escote provocativo, que dejaba sus pechos enteramente descubiertos (541).

La violación aparece como un espectro, como un ente inmanejable e impredecible que ataca arbitrariamente. Cada vez que Artemia estrena uno de sus vestidos, una mujer que lleva la misma ropa es atacada sexualmente en alguna parte lejana del mundo. Sin embargo, a ella nunca le ocurre nada malo. Esto la atormenta, ya que presiente que, de algún modo, es su responsabilidad porque es quien los diseña y quien quería vestirlos en realidad. Este sentimiento de culpa es parte de los mecanismos que se ponen en funcionamiento alrededor de la cultura de la violación.

Rita Segato (2010) define este delito como “*el uso y abuso del cuerpo del otro, sin que este participe en intención o voluntad comparables*”¹³ (22). La antropóloga se interna en un estudio sobre el patriarcado y las relaciones de género a partir del análisis de una serie de entrevistas a violadores condenados. Dice que “no es sencillamente una consecuencia de patologías individuales ni, en el otro extremo, un resultado automático de la dominación masculina ejercida por los hombres, sino un *mandato*” (13). Esta idea hace referencia a un imperativo y a una condición necesaria para la reproducción del género dentro de una estructura de relaciones jerárquicas y otros órdenes de estatus. Llega a la conclusión de que este discurso está regido por tres referencias: “castigo o venganza contra una mujer genérica que salió de su lugar, esto es, de su posición subordinada” (31), “agresión o afrenta *contra* otro hombre también genérico, cuyo poder es desafiado” y “demostración de fuerza y virilidad ante una comunidad de pares” (33). Es claro que en ninguno de los casos el acto de violencia tiene relación alguna con el placer sexual, sino con el poder: “El sujeto no viola porque *tiene* poder o para demostrar que lo tiene, sino porque debe *obtenerlo*” (40).

En este análisis, nos interesa la primera de estas apreciaciones. Existe un sistema de estatus donde la mujer debería encontrarse bajo la tutela de un hombre (padre, hermano, marido). Al abandonar ese lugar subordinado, demuestra que gobierna sus relaciones sociales y su sexualidad de manera autónoma. Esto tiene consecuencias directas en el concepto histórico de hombre, relacionado a la idea de proveedor y jefe de familia: “El mero desplazamiento de la mujer hacia una posición no destinada a ella en la jerarquía del modelo tradicional pone en entredicho la posición del hombre en esa estructura” (31). Se interpreta la violación como un acto disciplinador y vengador. Al ponerse en evidencia la incapacidad de ejercer control sobre ella, se impone un mandato de castigarla y quitarle su vitalidad. La lógica propia de este tipo de violencia hace que se agudice la tensión como consecuencia de los avances en materia de libertad y derechos para las mujeres en la actualidad.

La modista vuelve a horrorizarse ante el dibujo de un nuevo vestido e insiste en su “indecencia”. En todo caso, solo la gente puede ser indecente, no la ropa: “la ropa no tiene nada que ver con la moral”, dice Adichie (2017: 68). Estas formas de argumentar son las que corren el foco de los perpetradores y lo posan sobre la víctima: si no queremos causar efectos adversos, las mujeres debemos vestirnos de cierta forma. Se impone a la sexualidad femenina una cuota de vergüenza que esconde la intención de controlar nuestros cuerpos. La razón de

¹³ Todos los resaltes tipográficos de este párrafo pertenecen al original.

por qué es conveniente usar una prenda u otra “no guarda relación con las mujeres, sino con los hombres. Las mujeres deben «cubrirse» para protegerlos” (80). Más bien habría que discutir por qué hay personas que creen tener autoridad sobre los cuerpos de otras para disponer de ellos a su antojo. Si bien Artemia se siente angustiada por lo que sufren las otras mujeres, es claro para ella que la ropa que viste es una elección personal y que no debería traerle problemas. Desea mostrarse: “¿Para qué tenemos un hermoso cuerpo? ¿No es para mostrarlo, acaso?” (542) y no hay motivos que se lo impidan.

Esta postura le da una suerte de poder para evitar la realidad. Los peligros que el patriarcado guarda para las mujeres y su libertad sexual parecen no percibir su presencia, ya que sale ileso de todos sus paseos. Pero paga un precio: ese peligro lo corren otras mujeres en su lugar. Desportes aporta que “Camille Paglia [...] propone pensar la violación como un riesgo inevitable, inherente a nuestra condición femenina” (2006: 50). Siempre que queramos más de lo que está disponible, siempre que logremos salir al mundo, corremos ese riesgo. Pero cuando seguimos las reglas, corremos riesgos también, de modo que no hay forma de tener control sobre eso. Lo único que podemos y debemos controlar son nuestras decisiones, nuestros cuerpos y nuestro destino. El último ataque que relata es el más descarnado y el que pone en evidencia más notoriamente la culpabilidad que se le atribuye a la víctima:

En Oklahoma, una muchacha salió a la calle con un vestido tan indecente, que la ciudad entera la repudió y un grupo de jóvenes, para ultrajarla, la violó. El vestido era de tul y llevaba pintados cuerpos desnudos que en el movimiento parecían abrazarse lúbricamente. Me dio pena y horror la perversidad del mundo (543).

“La ciudad entera la repudió” y debió ser castigada por su transgresión. Buscaron “ultrajarla”, aparentemente, con el aval del resto de los ciudadanos. Aquí Piluca termina de entender lo terrible del asunto y la indefensión en la que se encuentran las mujeres frente a estas situaciones. No solo por el riesgo de transitarlas, sino por la falta total de resguardo y amparo por parte del resto de la sociedad. En el libro *Putas y guerrilleras*, escrito por Miriam Lewin y Olga Wornat, las autoras hacen un recorrido por las situaciones de violencia sexual que vivieron las mujeres en los centros clandestinos de detención durante la última dictadura cívico-militar en Argentina. En sus reflexiones (a partir de una serie de entrevistas a sobrevivientes de ese horror) hablan de la soledad, la absoluta vulnerabilidad en la que estaban imbuidas y el castigo especial al que eran sometidas por parte de los torturadores por ser mujeres que salieron del lugar que les estaba asignado: discutían sobre política, tomaban decisiones, portaban armas, se ponían en peligro por un ideal, en definitiva, eran dueñas de

sus cuerpos y sus mentes. Sin embargo, sus propios compañeros y compañeras las juzgaban cruelmente: “Suponían que las mujeres teníamos el poder de resistirnos a la violencia sexual, a los avances de los represores y podríamos preservar el «altar» de nuestros cuerpos impoluto” (Lewin, 2014: 31). Había un convencimiento general de que las mujeres debían resguardar ese “tesoro” a toda costa, a cambio de la vida misma. O vivir para siempre con el peso de la sospecha.

Finalmente, Piluca la convence y usa pantalón con camisa. Al hacerlo, toma consciencia y se vuelve vulnerable a los riesgos: “Una patota de jóvenes amorales violaron a la Artemia a las tres de la mañana en una calle oscura y después la acuchillaron por tramposa” (543). No es la minifalda ni el escote, no es la hora, la bebida, el boliche o el bar, no es el maquillaje ni la actitud. Es una estructura que, de manera sistemática, constantemente nos pone en peligro; luego nos descrea, nos juzga y nos pide explicaciones. Las mujeres no tienen control alguno sobre este riesgo. No es cuestión de quedarnos en casa o de taparnos hasta el cuello. Es cuestión de revertir la idea de la masculinidad como una naturaleza salvaje e irrefrenable que no puede detenerse ante una “provocación”. Es cuestión de dejar de culpar al placer femenino y permitir que se desarrolle libremente: “El deseo y la pasión son la sangre de la vida, el motor, el horizonte por dónde o a dónde se camina. Por eso, los crímenes no son pasionales y la violencia no es deseo” (Peker, 2018: 230). Porque nuestro goce es para cada una y para quien cada una quiera, y no le debemos nada a nadie.

3 - LA LIBERTAD (MARIANA ENRÍQUEZ)

LA EXCUSA DEL RELATO

Para abordar los cuentos desde una perspectiva feminista, me apoyé en dos teorías en relación con el análisis literario: la noción de Mijail Bajtin (1989) sobre el lenguaje del discurso artístico como representante del “sistema de la «lengua»” (80) y la idea de Ricardo Piglia (2000) de que “un cuento siempre cuenta dos historias” (105). La primera se trata de una cuestión lingüística que sobrevuela todo el análisis. La idea es observar cómo el discurso de cada personaje refleja un modo de ver el mundo, una representación de las relaciones sociales según diversas formas de pensamiento; allí se entrecruzan el sentido común, las religiones,

las posturas políticas, las ideologías, las nacionalidades, los géneros. Bajtin (1989) hace una reflexión acerca del peso del discurso artístico para abordar los temas sociales y de la necesidad de un “reconocimiento de la especificidad estilística de la palabra novelesca” (78). Si bien habla de la novela en particular, esta observación nos sirve para distinguir, en el discurso literario en general, las diversas voces que dialogan en la sociedad. Al desglosar los cuentos podemos hallar en ellos diferentes voces: feministas, machistas, rebeldes, conservadoras, valientes, cobardes, disruptivas, opresivas, inspiradoras. En los cuentos se construye un mundo en conflicto que nos puede ayudar a comprender el nuestro. Este análisis nos permite ver cómo el discurso artístico se hace eco de la pluralidad de las relaciones sociales y es un espacio donde se desarrollan diversas disputas. Más allá del argumento, la ficción es la arena donde se ponen en juego los lenguajes de los distintos ámbitos de la vida. Las voces que las autoras introducen dialogan entre sí y nos dan una pequeña muestra de los diferentes actores de la vida en sociedad.

El segundo marco teórico nos ofrece una herramienta puntual para recorrer los cuentos transversalmente y distinguir qué nos aportan para entender la temática de género. Esta idea de Piglia de que en un cuento hay dos historias refiere a que, en los cuentos clásicos, hay una narración en primer plano y otra que se construye en secreto. Esto no significa que haya un sentido velado que necesite ser interpretado, sino que hay un relato visible que esconde un relato secreto. Cuando llega el final, se genera un efecto de sorpresa, ya que aparece la historia que estaba contada en forma oculta. Sin embargo, cada autor maneja una poética y un modo de contar, y la forma moderna del cuento se caracteriza por otras cuestiones: se abandona el final sorpresivo y la estructura cerrada para trabajar más la tensión entre las dos historias sin necesidad de resolverla. Esta historia encubierta “se cuenta de un modo cada vez más elusivo. [...] El cuento moderno cuenta dos historias como si fueran una sola” (108). Se construye a partir de lo no dicho, de la alusión y los sobreentendidos: “La estrategia del relato está puesta al servicio de esa narración cifrada. [...] La historia secreta es la clave de la forma del cuento y de sus variantes” (108). Aunque los cuentos se narren de diversas formas, “siempre hay un doble movimiento, algo incomprensible que sucede y está oculto” (127). La segunda historia está estructurada como un secreto, escondida y reservada para el final en otra parte. Sin embargo, está dentro de la narración desde el principio: “el arte de narrar consiste en postergarlo, mantenerlo en secreto y hacerlo ver cuando nadie lo espera” (129).

Tomamos esta idea para analizar cada eje como la otra historia, esa que se cuenta más allá del argumento y que deviene en la excusa del relato. Cada cuento describe una serie de personajes y un mundo donde se relacionan entre sí y tienen conflictos, extraordinarios o cotidianos, que deben resolver. Por detrás, abarcándolo todo, encontramos reflexiones a las que las autoras nos empujan: ¿Qué sucede cuando el matrimonio y la maternidad se pretenden como un destino inalienable de la mujer?, ¿cómo se puede pensar la felicidad por fuera de esos factores? ¿Por qué se naturaliza la responsabilidad de las mujeres sobre la violencia ejercida en sus cuerpos?, ¿estamos enseñando a las niñas a cuidarse de un posible agresor en lugar de enseñar a los niños a no ser agresores?, ¿cómo influyen las formas de jugar en la niñez en nuestro desarrollo como personas adultas?, ¿qué libertad existe para elegir desde con qué vestimos hasta cómo y con qué divertimos? ¿Dónde comienza la violencia de género conyugal e intrafamiliar y dónde puede terminar?, ¿se toman estas cuestiones con la seriedad necesaria?, ¿hay verdadera consciencia en la sociedad sobre estos problemas, más allá de los círculos que los abordan en profundidad? Los cuentos de Mariana Enríquez que analizamos a continuación revelan la violencia machista psicológica y física en dos historias donde las protagonistas rompen las cadenas del sentido común y se liberan de lo que las oprime, tomando el control de sus cuerpos y sus mentes.

CONTINUUM DE TERROR

*–Errores cometemos todos –me dijo–. Lo importante es arreglarlos.
–¿Y cómo se arregla esto?
–Chamiga, lo único que no tiene solución es la muerte
Mariana Enríquez¹⁴*

En “Tela de araña” la narradora visita a sus familiares en Corrientes para presentarles a su esposo, Juan Martín. Hace tiempo está postergando el encuentro porque, en realidad, nunca fue feliz con él y sabe que, al enfrentarse a la mirada de sus parientes, tendrá que admitirlo. La convivencia con Natalia, prima de la protagonista, evidencia los constantes desprecios,

¹⁴ Fragmento de “Tela de araña”.

quejas y malos tratos de parte de él. Los tres hacen un viaje hasta Asunción y en el camino de vuelta se ven forzados a pasar la noche en un hotel debido a que el auto se avería. Mientras están cenando, se juntan con otros comensales y cuentan historias de fantasmas y desapariciones. Una de estas era sobre una mujer mayor que, en unas vacaciones con su familia –cerca de donde ellos se alojaban–, desapareció sin dejar rastros. Juan Martín muestra desinterés y malestar ante cada uno de los relatos y decide retirarse temprano a su habitación. Las chicas se quedan hasta más tarde tomando cerveza junto con las otras personas. Por la mañana, cuando se despiertan, se dan cuenta de que él nunca estuvo en la habitación; sus pertenencias no están ni tampoco está desarmada la cama. Finalmente, deciden volver a su casa como si nada hubiese sucedido.

En este cuento la narradora y protagonista no menciona su nombre en ningún momento. Habla desde un lugar de angustia y padecimiento, y de a poco va manifestando su bronca, su dolor y la desdicha de la que se siente presa:

Ese febrero fui a visitar a mis tíos en Corrientes porque estaba cansada de sus reproches: te casaste y no conocemos a tu marido, cómo puede ser, lo estás escondiendo. No, me reía yo por teléfono, cómo lo voy a estar escondiendo. Me encantaría que lo conocieran, vamos pronto. Pero tenían razón: lo estaba escondiendo (Enríquez, 2016: 94).

El vínculo con su esposo la oprime: es blanco diario de su mal humor, sus quejas y sus recriminaciones; no ha podido formar un círculo familiar o de amistades con el que contar y no es capaz de llevar a cabo sus deseos, tal vez, ni siquiera de concebir cuáles son. Su vida diaria está llena de pequeñas desgracias que la hacen realmente infeliz.

Hablamos de la violencia que sufren las mujeres dentro de su hogar. Dice Peker (2017): “La violencia doméstica es, para las mujeres, más peligrosa que la inseguridad en la calle” (72). La Ley 26 485, citada anteriormente, además de establecer los distintos tipos de violencia, en su artículo sexto define las posibles modalidades en que estos se manifiestan según los ámbitos. Estas son violencia doméstica, institucional, laboral, contra la libertad reproductiva, obstétrica y mediática. En este caso nos interesa la relacionada a la vida doméstica, que es definida como la “ejercida contra las mujeres por un integrante del grupo familiar [...] que dañe la dignidad, el bienestar, la integridad física, psicológica, sexual, económica o patrimonial, la libertad”.¹⁵ Se entiende como “grupo familiar” el matrimonio, los noviazgos y las uniones de hecho,

¹⁵ Ley número 26 485. Op. cit.

incluyendo “relaciones vigentes o finalizadas, no siendo requisito la convivencia”.¹⁶ Esta última aclaración es de suma importancia debido a la cantidad de ataques sufridos por mujeres a manos de exparejas. Por su parte, Ana María Fernández aporta que la violencia de género es la que ejercen “los varones contra las mujeres en su deseo de obtener, conservar o acrecentar poder, dominación, control y propiedad sobre ellas”.¹⁷ Tenemos varios elementos: un integrante del grupo familiar (pareja, expareja, conviviente o no) que atenta contra el bienestar y la dignidad de una mujer (en este caso, psicológicamente) para ejercer poder sobre ella.

Desde Amnistía Internacional, explica Ana Requena Aguilar, analizan la pirámide de la violencia machista como un iceberg. Sobre la superficie solo se ve una pequeña parte, que representa el asesinato de mujeres, la agresión física o la violencia sexual; más abajo, en la parte que ya está sumergida encontramos humillaciones, desprecios y culpabilizaciones; en la parte más profunda, poco tenida en cuenta, están “el control, la publicidad sexista, la invisibilización de las mujeres o los micromachismos”.¹⁸ Los temas que tratamos en el análisis de los primeros tres cuentos de este ensayo se vinculan a estas cuestiones, las que se hallan por debajo de la superficie: la maternidad como destino natural, el matrimonio como la aspiración personal más importante, los roles de género en la infancia. También el que analizamos en este apartado, donde intentaremos ver de qué se trata la violencia psicológica. En este caso, nos inscribimos ya en el ámbito de la violencia de género, tipificada como delito, cuando en los anteriores se trataba solo de valores y costumbres que estructuran las relaciones sociales dentro del sistema patriarcal. Los sucesos más atroces (como la agresión física, la violación o el asesinato) son sostenidos por una base grande y fuerte de otro tipo de acciones: el sentido de propiedad, la desvalorización de la opinión femenina, el acoso callejero; todos ellos “son hechos que crean el caldo de cultivo para una sociedad en la que a las mujeres se las agrede e incluso asesina por el hecho de serlo”.¹⁹

Según dicha ley, la definición de la violencia psicológica abarca varias cuestiones. En principio, “causa daño emocional y disminución de la autoestima o perjudica y perturba el pleno desarrollo personal”.²⁰ La protagonista describe desde el inicio su baja autoestima y su

¹⁶ Loc. cit.

¹⁷ FERNÁNDEZ, A. “Femicidios: la ferocidad del patriarcado” [en línea], en *Nomadías*, N.º 16, noviembre 2012, p. 47-73 [consultado el 12 de diciembre de 2018]. Disponible en: <https://nomadías.uchile.cl/index.php/NO/article/view/24957>. p. 51.

¹⁸ REQUENA AGUILAR, A. “Cómo identificar los micromachismos” [en línea], en *La aventura de aprender*, 2017 [consultado el 13 de abril de 2019]. Disponible en: <http://xurl.es/jeh2t>. p. 6.

¹⁹ Op. cit. p. 7.

²⁰ Ley número 26 485. Op. cit.

desgano. Lo que genera este estado son las acciones de su marido que tienden a degradar o controlar sus acciones, comportamientos, creencias y decisiones, a través de amenazas, “acoso, hostigamiento, restricción, humillación, deshonra, descrédito, manipulación”²¹ o aislamiento. Se manifiesta con insultos, gritos, críticas a la forma en que viste, a su vida pasada o a su círculo íntimo:

A mi marido no le gustaba Natalia. [...] Él la despreciaba porque Natalia tiraba las cartas, sabía de remedios caseros, y, sobre todo, se comunicaba con espíritus. Tu prima es una ignorante, me dijo Juan Martín, y yo lo odié [...]. Pero lo dejé pasar, como le dejaba pasar cada pequeñez mientras crecía en mi estómago una piedra blanca que le dejaba poco espacio al aire (95).

Deja en claro a su esposa que no aprecia a su prima que, además, es una de las personas que ella más quiere. No tiene ningún reparo en hablar mal de su familia delante de ella, aunque sabe que la hierde. Ella se queda sin respuesta. La tendencia al aislamiento es clave para que la víctima quede encerrada en un círculo vicioso y no se sienta capaz de pedir ayuda. Todo el odio que ella siente queda enterrado dentro de su cuerpo. Según Andrea Saporiti, es complicado para las personas agredidas reconocer este tipo de maltrato porque no deja rastros visibles ni evidencias claras; sí registros internos: “Uno de los principales problemas es que comienza de una manera muy sutil, casi imperceptible: falta de respeto, insinuaciones y mentiras son algunos de sus rasgos”.²² Hay una manipulación progresiva y sostenida en el tiempo. En una escena le echa la culpa porque se lastimó, la insulta, subestima su capacidad intelectual; también descalifica el lugar donde vive su familia:

Yo salí de la cocina con los ojos hinchados y Juan Martín me dijo cómo podés ser tan tonta, mirá si te lastimabas las córneas, teníamos que volver en avión urgente a Buenos Aires.
–¿Por qué? –le preguntó Natalia mientras movía los hielos del vaso, que sonaban como campanitas en el calor de la tarde–. El hospital de acá es muy bueno.
–No podés comparar (96).

La culpabilización es uno de los elementos descriptos en la ley como parte de este tipo de violencia; otros son “vigilancia constante, exigencia de obediencia y sumisión, coerción verbal, persecución, insultos, indiferencia, abandono, celos excesivos, chantaje, ridiculización”.²³ Todas estas cuestiones están ejemplificadas en diversos momentos:

Juan Martín me gritó que ni una vez, ni una vez, te das cuenta, te pusiste de mi lado. En nada. En todo el día. Me gritó que Natalia era una puta, que se iba con

²¹ Loc. cit.

²² SAPORITI, A. “Violencia de género invisible: identifiqué el maltrato psicológico” [en línea], en *Clarín, Entremujeres*, 21 de octubre de 2014 [consultado el 20 de abril de 2019]. Disponible en: <http://xurl.es/5bjio>

²³ Ley número 26 485. Op. cit.

el primero que se le cruzaba. Me gritó que yo era una puta también porque le había estado haciendo ojitos al rubio bruto ese.

Hay gritos, reproches, enojos injustificados, celos, insultos y otra vez el menosprecio de la familia. La presencia de Natalia se hace cada vez más densa para la pareja y esto impulsa a la protagonista a reconocer la verdadera situación y actuar en consecuencia; se anima a enfrentarlo cada vez más ante sus ataques de ira:

Juan Martín dijo tu prima es una irresponsable, traernos hasta acá, que no pasa ni un auto, sin chequear si esta catramina andaba bien. Qué sabés si no lo hizo ver al coche, le contesté, furiosa, y pensé que sería fácil matarlo ahí, podía buscar un destornillador en el baúl y clavárselo en el cuello, él a mí no quería matarme, nada más quería tratarme mal y quebrarme para que odiara mi vida y no me quedaran ni ganas de cambiarla (108).

No decís nada. Qué querés que te diga, contesté. Vos me querés dejar, dijo, pero vas a ver que cuando volvamos a Buenos Aires mejoran las cosas. ¿Y si no mejoran?, le pregunté. A mí no me vas a dejar tan fácil, dijo, y se prendió un cigarrillo. [...] –Perdoname –me dijo–. A veces me pongo intratable (110).

El arrepentimiento y el pedido de disculpas son también parte de estos círculos de maltrato: nunca son sinceros, solo tienen el propósito de confundir aún más a la víctima. La amenaza también está presente: “A mí no me vas a dejar tan fácil”. Ella dice estar segura de que él no quiere matarla, solo hacerla miserable y hundirla en la depresión. Según la ley, este tipo de violencia refiere a cualquier medio que dañe a la salud psicológica y a la autodeterminación. Sin embargo, esa frase está indicando que no está en manos de ella decidir si la relación termina o no. En un vínculo violento uno de los integrantes se atribuye más derechos, se cree superior y, por ende, ejerce poder y dominación. Para que los crímenes más violentos ocurran, previamente, la sociedad ha inferiorizado y desigualado al conjunto de las mujeres. Según Fernández, esta violencia “se despliega como un «*continuum* de terror», siempre de violentamientos crecientes”.²⁴ Se manifiestan con subestimación y abuso verbal, en una primera instancia; violencia física y sexual, como expresiones más evidentes, y el femicidio como el trágico final. Hay un sistema de valores y prácticas que habilita desde las violencias más pequeñas, como los micromachismos,²⁵ hasta el asesinato, como la más brutal de sus expresiones. La reproducción de este sistema deriva en “la dominación, sumisión y desigualdad entre mujeres y varones”.²⁶

²⁴ FERNÁNDEZ, A. Op. cit. p. 68.

²⁵ Se utiliza el término “micromachismo” para denominar “los comportamientos y gestos de machismo cotidiano [...], para señalar tópicos y estereotipos”, y para referirse a actitudes que pasan todos los días, pero solemos justificar o despreciar, o no discutir públicamente. En REQUENA AGUILAR, A. Op. cit.

²⁶ FERNÁNDEZ, A. M. Op. cit. p. 68.

La protagonista se siente cada vez más cerca de considerar la separación, aunque no menciona la palabra. Nota que necesita una solución, si bien en principio había creído que no la había. Se siente confiada para sincerarse con su prima:

Yo quería contarle más cosas de mi matrimonio. Cómo Juan Martín me corregía constantemente: si yo tardaba en servir la mesa era una inútil, alguien que “estaba ahí parada haciendo nada, como siempre”. Si tardaba en elegir algo, lo estaba haciendo perder el tiempo a él, siempre tan decidido y desapegado: diez minutos de duda sobre a qué restaurante ir eran una noche de resoplidos y malas contestaciones. Yo siempre le pedía perdón, para que no fuera peor (98).

Según Saporiti, el hecho de “poder darse cuenta y pedir ayuda es el primer paso hacia la recuperación personal”.²⁷ Es primordial recomponer la autoestima “para poder valorar la propia vida basada fundamentalmente en el respeto propio y ajeno”.²⁸ La clave para poder romper con el círculo vicioso de la violencia es el pedido de ayuda. Ella ve a su prima como una mujer segura: no depende de ningún hombre, disfruta de su sexualidad con confianza y es independiente económicamente. A su modo, le muestra que es posible confrontarlo. En un momento él se asusta porque cree ver una víbora y Natalia lo pone en ridículo:

–Serás pelotudo –le dijo, y se secó las lágrimas de risa.
–¡Pelotudo! –gritó Juan Martín –. ¿Y si me muerde y es venenosa qué hacemos, eh? ¡Esto es el medio de la nada!
–No te va a morder nada, quedate tranquilo.
–Qué sabés vos.
–Más que vos sé (105).

Es una mujer fuerte y hermosa y, sobre todo, libre. La quiere y la admira. También la envidia un poco, pero sabe que es la única persona con la que puede contar. A partir de volver a compartir momentos con ella, como cuando eran chicas, gana confianza en sí misma en esos días de vacaciones. La última vez que ve a su marido, ella logra negarse a acompañarlo a la habitación para quedarse con su prima y otras personas tomando algo hasta más tarde. Llega a desapegarse de tal modo que decide pedir una habitación diferente para no tener que compartirla con él en la noche. Por la mañana, él desaparece, tal como la mujer de la historia de fantasmas que contaron los lugareños la noche anterior. Allí, vuelve a acudir a su prima antes de tomar una decisión:

Le dije a Natalia que teníamos que llamar a la policía, pero ella se volvió a atar el pelo en una cola de caballo [...] y me dijo que no. No seas tonta. Si se fue, se

²⁷ SAPORITI, A. Op. cit.

²⁸ Loc. cit.

fue, me dijo. [...] En el auto nos pusimos los anteojos negros: el sol era insoportable.

–Va a llover –dijo la chica de la recepción del hotel–. Dice la radio, pero no parece, está todo despejado.

[...] Salimos a la ruta; en el horizonte, del lado del río, ya se veían las nubes negras de la tormenta (115).

Finalmente, vuelve a ser Natalia quien termina de empujarla a dar el salto final y liberarse por completo de la estructura de violencia en la que estaba sumergida. A medida que avanzan los hechos, comienza a poner nombre a lo que la atormenta y así se suelta de sus ilusorias ataduras. Queda a la vista, nuevamente, que la forma de avanzar hacia una vida más libre y feliz, en lo individual, y hacia una sociedad más igualitaria, en lo colectivo, es compartiendo experiencias y conocimiento, y apoyándonos entre todas.

FLOR DE FUEGO

Es que yo hablo con las chicas. Les cuento que a nosotras, las mujeres, siempre nos quemaron, ¡que nos quemaron durante cuatro siglos! No lo pueden creer, no sabían nada de los juicios a las brujas, ¿se dan cuenta? La educación en este país se fue a la mierda.

Mariana Enríquez²⁹

La bruja encarna a la mujer liberada de todas las dominaciones, de todas las limitaciones; es un ideal hacia el que tender, ella muestra el camino.

Mona Chollet

“Las cosas que perdimos en el fuego” comienza con la historia de la chica del subte: había sido quemada por su pareja y ahora pedía dinero en el medio de transporte para sobrevivir. Tenía la cara y los brazos desfigurados y había pasado meses de infecciones y dolor en el hospital. Mientras estaba inconsciente, su marido había dicho que se había quemado ella misma, accidentalmente. Silvina, la protagonista, y su madre comienzan a movilizarse cuando, luego de varios casos en que se repetía esta misma práctica, una mujer y su hija son prendidas fuego por el padre de la familia, que luego se suicida. Entonces se ponen en contacto con las

²⁹ Fragmento de “Las cosas que perdimos en el fuego”.

Mujeres Ardientes, una organización con células clandestinas en la que las mujeres se queman voluntariamente en protesta por la creciente cantidad de femicidios que toman esta modalidad. No lo hacen para morir, sino para tomar el control sobre sus cuerpos y mostrar sus cicatrices con orgullo. Silvina y su madre participan activamente en estos grupos, que llegan a realizar hasta una hoguera por semana en distintos lugares del país. A su vez, establecen hospitales ilegales donde quienes se someten a estas ceremonias se reponen de sus heridas. Las fuerzas de seguridad comienzan a perseguirlas, sin saber muy bien cómo encarar el castigo. Mientras tanto, las quemadas siguen sucediéndose y parecen no tener fin.

Los cuentos de este libro de Mariana Enríquez son de terror, de un terror muy real y cotidiano. En este caso el peligro dentro de casa: el riesgo de muerte en lo más cercano y conocido, el lugar donde debería haber más seguridad. Si retomamos la idea de la violencia de género como un iceberg, estamos en la punta más visible, tal como en el cuarto cuento, donde tratamos el tema de la violencia sexual. Dentro de las modalidades que establece la ley, continuamos en el marco de la violencia doméstica, pero en lo que respecta al tipo, nos encontramos frente a la violencia física, definida como “la que se emplea contra el cuerpo de la mujer produciendo dolor o riesgo de producirlo y cualquier otra forma de maltrato o agresión que afecte su integridad física”.³⁰ Dice Peker (2017): “Casi ninguna madre tiene miedo de que su hija se case. Pero, hoy por hoy, es más peligroso aceptar un anillo que cargarse una mochila en la espalda” (14). Según las estadísticas, las mujeres corremos más riesgos dentro de la propia casa que en la calle. En promedio, considerando los ocurridos desde el 1 de enero al 31 de octubre de 2018, se produce un femicidio cada treinta y dos horas.³¹ En el año 2014, el Registro Nacional de Femicidios³² advertía que solo el 7 % de estos fueron cometidos por extraños, mientras que el 57 % fue responsabilidad de parejas, maridos, convivientes, exparejas. El verdadero peligro para las mujeres es *no* salir a la calle: “No ir a trabajar, no ir a bailar, no ir a hacer deportes, no ir a estudiar, no juntarse con amigas o amigos” (Peker, 2017: 73). No establecer contactos y relaciones de confianza con círculos fuera del hogar genera aislamiento, y eso colabora con las situaciones de violencia.

Sin embargo, llevó mucho tiempo y muchas luchas que se imponga como un tipo de crimen específico relacionado con la violencia de género. El femicidio es el asesinato de mujeres *por*

³⁰ Ley número 26 485. Op. cit.

³¹ Datos del Observatorio de Femicidios en Argentina “Adriana Marisel Zambrano” de la Asociación Civil La Casa del Encuentro. (Peker, 2019: 151).

³² Este fue creado por la Oficina de Mujer de la Corte Suprema de Justicia de la Nación. (Peker, 2017: 14).

ser mujeres. Es la más extrema de las formas de violencia del patriarcado. El uso de este concepto contribuye a desarmar la idea de que estas situaciones tienen un componente personal o privado y las lleva al terreno social y político; son, en realidad, el resultado “de relaciones estratégicas de poder, dominación, privilegio y, fundamentalmente, propiedad de los varones con respecto a las mujeres”.³³ No existe tal cosa como un crimen pasional; la pasión y el amor no tienen nada que ver con la muerte. Ni con el maltrato, la obediencia, el control o la manipulación: “La pasión no mata, no se adueña, no destruye. Un hombre no ama si es capaz de dejar sin vida” (Peker, 2017: 87). Es peligroso considerar que hay pasiones irrefrenables que pueden conducir al asesinato de una persona porque, de esta forma, se presenta como incontrolable y, por lo tanto, inevitable. No es así. Esta misma idea es la que nos inclina a pensar, cuando presenciamos alguna situación de violencia, que se trata de cuestiones de la pareja y que nadie debería meterse. Según Peker (2019), “esa suerte de política del «No te metas» y del «¿Qué te metés?»», además, presupone que, si las mujeres son asesinadas, no es responsabilidad de nadie” (151). Otra idea alarmante.

Entre los motivos aducidos por los feminicidas, los más comunes son infidelidades, falta de obediencia o de la atención pretendida por ellos, inminentes abandonos. Todas estas razones se asocian a un sentido de posesión: están convencidos de que sus parejas les pertenecen y, por ende, se llenan de ira ante alguna actitud que no les agrada. Según Fernández, “las matan porque estas mujeres, «sus» mujeres, son de su propiedad”.³⁴ En el cuento el tema se introduce con la chica de subte. Con un evento lamentablemente cotidiano (una persona pidiendo ayuda en un medio de transporte) y en algo más de una carilla, la autora nos describe este flagelo del colectivo femenino de una manera muy directa y cruda:

Tenía la cara y los brazos desfigurados por una quemadura extensa, completa y profunda; ella explicaba cuánto tiempo le había costado recuperarse, los meses de infecciones, hospital y dolor, con su boca sin labios y una nariz pésimamente reconstruida; le quedaba un solo ojo, el otro era un hueco de piel, y la cara toda, la cabeza, el cuello, una máscara marrón recorrida por telarañas (Enríquez, 2016: 185).

La descripción continúa y detalla este sentimiento de propiedad del victimario. El método de la autora es audaz, tal como el de su personaje, que subía al vagón y saludaba a los pasajeros con un beso, mientras el asco les erizaba la piel de los brazos; si ella lo notaba, “acariciaba con los dedos mugrientos los pelitos asustados y sonreía con su boca que era un tajo” (186).

³³ FERNÁNDEZ, A. Op. cit. p. 49.

³⁴ Op. cit. p. 68.

De esta forma, Enríquez nos presenta sin tapujos la situación de una mujer que ha sido quemada por su pareja, pero tuvo la oportunidad de vivir para contarlo:

Llevaba tres años casada con él. No tenían hijos. Él creía que ella lo engañaba y tenía razón: estaba por abandonarlo. Para evitar eso, él la arruinó, que no fuera de nadie más, entonces. Mientras dormía, le echó alcohol en la cara y le acercó el encendedor. Cuando ella no podía hablar, cuando estaba en el hospital y todos esperaban que muriera, Pozzi dijo que se había quemado sola, se había derramado alcohol en medio de una pelea y había querido fumar un cigarrillo todavía mojada.
–Y le creyeron –sonreía la chica del subte con su boca sin labios, su boca de reptil–.
Hasta mi papá le creyó (186).

Ante la impotencia de sentirse abandonado y despreciado, decide que ella no merece ser feliz ni existir fuera de su influencia, entonces, pretende tomar su vida. Cuanto más se avanza sobre las conquistas de derechos (tanto de manera individual como colectiva), más se recrudecen los sectores conservadores y machistas. En la vida de cada mujer que impone su “no es no” y su “no nos callamos más”, se abre paso un nuevo peligro: la intensificación de la postura del agresor. Dice Peker (2017): “Si no se avanza, se retrocede. O se va por más o seremos más las muertas” (74). Otro elemento común es el de argumentar inocencia explicando que fue un accidente. En un artículo de 2012, Fernández hace especial mención a las cifras de mujeres que mueren quemadas por sus parejas o exparejas: “Suman 42 casos, en menos de dos años y medio, de mujeres incineradas por sus parejas, que generalmente alegan un accidente doméstico o un suicidio”.³⁵ Sucede que, generalmente, no hay testigos en estas situaciones y los jueces terminan por aducir falta de pruebas en la mayoría de los casos. Puede suceder incluso que, al estar en libertad mientras duran los largos períodos judiciales, estén ellos mismos a cargo de los niños, que se han quedado sin madre. La dificultad para comprobar estos femicidios hace que se propaguen, ya que “queda en evidencia que la justicia protege a los femicidas, garantizándoles diversas modalidades y grados de impunidad”.³⁶

El último punto para destacar de este fragmento es el tema de la credibilidad del femicida y el papel que juegan tanto la justicia y el Estado como la opinión pública y los medios de comunicación en sus posturas ante estos hechos. La chica cuenta que, cuando él dijo que ella se había quemado accidentalmente en medio de una pelea, todos le creyeron, incluso su padre. Los sistemas de valores y representaciones sujetos al patriarcado no atraviesan solo a las personas, sino también a las instituciones y al sentido común de comunicadores sociales y agentes de seguridad y justicia: “Estas cuestiones operan de tal modo que hacen factibles no

³⁵ Op. cit. p. 53.

³⁶ Loc. cit.

solo los delitos de la violencia de género, sino también su impunidad y, en consecuencia, la facilidad de su reproducción”.³⁷ Por eso es de tanta importancia la reciente promulgación de la Ley Micaela, que establece la capacitación obligatoria en género para todas las personas que integran el Estado.³⁸

Ahora bien, este cuento habla sobre mujeres que, como colectivo, se organizan ante esta amenaza latente a sus vidas. No se trata de una venganza de aquellas que se vieron afectadas (son pocas las que sobreviven) ni de sus familiares o allegados, sino de una acción en conjunto para protegerse como grupo con altas probabilidades de sufrir esta brutalidad. En una entrevista, la autora comenta que la idea surge como un cuento de brujas contemporáneas, donde aquellas que estaban siendo sometidas deciden tomar el control: “lo primero que tiene que hacer una mujer es tener control de su cuerpo, tener poder sobre su cuerpo”;³⁹ esas hogueras que eran castigo, se vuelven una transformación:

María Helena se secó las manos [...] y miró a Silvina a los ojos.
–Las quemas las hacen los hombres, chiquita. Siempre nos quemaron. Ahora nos quemamos nosotras. Pero no nos vamos a morir: vamos a mostrar nuestras cicatrices (192).

Las mujeres que se someten a las hogueras lo hacen voluntariamente, acompañadas de un grupo que las apoya, las cuida y las contiene en todos los sentidos necesarios. Lo organizan en ceremonias de gran valor simbólico:

La mujer entró en el fuego como en una pileta de natación, se zambulló, dispuesta a sumergirse: no había duda de que lo hacía por su propia voluntad; una voluntad supersticiosa o incitada, pero propia. Ardió apenas veinte segundos. Cumplido ese plazo, dos mujeres protegidas por amianto la sacaron de entre las llamas y la llevaron corriendo al hospital clandestino (194).

Se trata de una “automutilación consentida”, como lo llama Enríquez; es la constitución de un nuevo cuerpo. Estas mujeres que se queman a sí mismas forman una agrupación clandestina que, “como toda célula revolucionaria tiene como plan conquistar el mundo y esa conquista del mundo es imponer un nuevo cuerpo”.⁴⁰ El propósito es establecer una nueva forma de belleza a través de esta nueva piel y, a su vez, un modo inédito de desear, de amar y de relacionarse.

³⁷ Op. cit. p. 68.

³⁸ “Ley Micaela de capacitación obligatoria en género para todas las personas que integran los tres poderes de Estado” Ley número 27 499 [en línea], en *Boletín Oficial de la República Argentina*. 10 de enero de 2019 [consultado el 6 de agosto de 2018]. Disponible en: <http://cort.as/-MaJt>

³⁹ “Entrevista a Mariana Enríquez” [en línea], Eugenia Zicavo, en *Libroteca*, julio de 2016 [consultado el 20 de enero de 2018]. Disponible en: <https://bit.ly/2J5IUzC>

⁴⁰ *Ibidem*.

Antes del inicio de las hogueras, un grupo se reúne en la puerta de un hospital para manifestar su repudio a uno de los ataques:

Pero ya no estaba sola. La acompañaba un grupo de mujeres de distintas edades, ninguna de ellas quemada. Cuando llegaron las cámaras, la chica del subte y sus compañeras se acercaron a la luz. Ella contó su historia, las otras asentían y aplaudían. La chica del subte dijo algo impresionante, brutal:
–Si siguen así, los hombres se van a tener que acostumbrar. La mayoría de las mujeres van a ser como yo, si no se mueren. Estaría bueno, ¿no? Una belleza nueva (190).

Ya iniciado el proceso de las quemadas periódicas, algunas de las mujeres quemadas empiezan a salir a las calles y a desafiar implacablemente los cánones de belleza:

Hacía apenas semanas, las primeras mujeres sobrevivientes habían empezado a mostrarse. A tomar colectivos. A comprar en el supermercado. A tomar taxis y subterráneos, a abrir cuentas de banco y disfrutar de un café en las veredas de los bares, con las horribles caras iluminadas por el sol de la tarde, con los dedos, a veces sin algunas falanges, sosteniendo la taza. ¿Les darían trabajo? ¿Cuándo llegaría el mundo ideal de hombres y monstruas? (196).

Es una forma de “convertir el estigma en emblema”.⁴¹ Y no solamente es un emblema estético, sino también político. Hay una agrupación que apoya y organiza las acciones, no son hechos aislados e individuales, y el propósito es específico y colectivo. En ese contexto, las autoridades se ven en la necesidad de controlar la situación; comienzan a perseguirlas e intentar desarmar la organización:

Los jueces expedían órdenes de allanamiento con mucha facilidad y, a pesar de las protestas, las mujeres sin familia o que sencillamente andaban solas por la calle caían bajo sospecha: la policía les hacía abrir el bolso, la mochila, el baúl del auto cuando ellos lo deseaban, en cualquier momento, en cualquier lugar. El acoso había sido peor: de una hoguera cada cinco meses –registrada: con mujeres que acudían a los hospitales normales– se pasó al estado actual de una por semana (194).

La persecución acarrea el efecto contrario: las mujeres se aseguran más en su posición e incrementan las acciones, agudizando los métodos para evadir los controles. Lo único que necesitaban era un lugar perdido en el campo, ramas y bidones de nafta: “el deseo las mujeres lo llevaban consigo” (195). Llevaban consigo el deseo de su propia transformación, y el amparo y la empatía de las otras mujeres en quienes se apoyaban. Lo más poderoso del planteo es que, si bien el movimiento es para evidenciar y reclamar por las mujeres que han sido quemadas, son justamente las que no han tenido que pasar por eso las que ponen el cuerpo y se arriesgan

⁴¹ *Ibidem*.

de manera contundente en pos de esta revolución estética y política, cuando no tendrían por qué hacerlo. Se mueven como un solo cuerpo.

Se cuele en este resquicio el término “sororidad”. Deriva del latín *sor*, que quiere decir “hermana”. Significa solidaridad entre mujeres, pero va más allá de una ayuda mutua, ya que pretende un cambio: “tiene como objetivo la modificación de las relaciones entre mujeres”.⁴² La importancia de este concepto radica en abandonar la idea de competencia (por hombres, por poder, por trabajo, etc.) y extraer de raíz la noción de que las mujeres son complicadas o de que “la peor enemiga de una mujer es otra mujer”⁴³ para apostar a un vínculo en el que podamos querernos, ayudarnos y depositar toda nuestra confianza. Debemos comprender y reconocer que “millones de mujeres no habrían sobrevivido sin el soporte, el apoyo, el reconocimiento, la transmisión de descubrimientos y la autoridad de otras mujeres”.⁴⁴ Quienes forman parte de las Mujeres Ardientes se solidarizan con otras sin haber sufrido exactamente lo mismo, pero con la empatía suficiente para darse cuenta de que corresponde a una lucha común:

“Ni se te ocurra pensar que hago esto por culpa de tu padre”, le había dicho su madre una vez, en el patio de la casa-hospital, durante un descanso, mientras inspeccionaba los antibióticos que Silvina le había traído, “tu padre era un hombre delicioso, jamás me hizo sufrir” (193).

El 3 de junio de 2015 se organizó en Argentina una movilización masiva para reclamar por los femicidios ocurridos y por la falta de acción de parte del Estado, tanto en su resolución como en su prevención. El movimiento se llamó Ni Una Menos y, a partir de ese momento, se hizo cada año más multitudinario y fundamental. La consigna “es la manera de sentenciar que es inaceptable seguir contando mujeres asesinadas por el hecho de ser mujeres o cuerpos disidentes y para señalar cuál es el objeto de esa violencia”.⁴⁵ En este cuento las Mujeres Ardientes llevan esta consigna al extremo, involucrando sus cuerpos y su sufrimiento al límite para poder visibilizar y denunciar el funcionamiento sistemático y perverso de control sobre ellas, sobre todas. Lo hacen y en esa acción toman el dominio de su persona desafiando todas las reglas de lo políticamente correcto. La protagonista colabora en la organización, las ayuda, las contiene en todo lo necesario, pero no ha pasado por la ceremonia. En momentos de

⁴² “¿De qué hablamos cuando hablamos de sororidad? Entrevista con Luciana Peker” [en línea] en *Clapps*, septiembre de 2018, [consultado el 13 de agosto de 2018]. Disponible en: <https://bit.ly/2RkIVBi>

⁴³ *Ibíd.*

⁴⁴ LAGARDE Y DE LOS RÍOS, M. “Pacto entre mujeres. Sororidad” [en línea], en *Departamento de Comunicación de CELEM*, octubre de 2006 [consultado el 15 de enero de 2019] Disponible en: <https://e-mujeres.net/project/pacto-entre-mujeres-sororidad/>. p. 129.

⁴⁵ “Carta orgánica”, [en línea] en *Ni Una Menos*, 3 de junio de 2017, [consultado el 3 de junio de 2019]. Disponible en: <http://niunamenos.org.ar/quienes-somos/carta-organica/>

conmoción y duda por la dura vida en la clandestinidad llega a preguntarse si no debería traicionarlas y desarmar esta locura: “¿Desde cuándo era un derecho quemarse viva? ¿Por qué tenía que respetarlas?” (193). Es una pregunta que queda latente porque se trata de una subversión total del sentido común.

El cuento termina con una promesa, con una visión de futuro. Silvina se pregunta cuándo van a parar las hogueras y María Helena, amiga de su madre e integrante de la agrupación, le contesta: “Ay, qué sé yo, hija, ¡por mí que no paren nunca!”. El mundo nuevo que intentan crear va tomando vida propia y se impone cada vez más. El futuro es incierto, pero hay una línea que seguir, hay un poder que nace de la unión y florece:

María Helena abrió la boca y dijo algo más, pero Silvina no la escuchó y su madre siguió y las dos mujeres conversaron a luz enferma de la sala de visitas de la cárcel, y Silvina solamente escuchó que ellas estaban demasiado viejas, que no sobrevivirían a una quema, la infección se las llevaba en un segundo, pero Silvinita, ah, cuándo se decidirá Silvinita, sería una quemada hermosa, una verdadera flor de fuego (197).

Esa flor y ese fuego representan una nueva forma de enfrentar las imposiciones, los dogmas y las necesidades que limitan nuestra forma de vivir. Brotan desde los lugares más oscuros y dolorosos –y también desde los más comunes y sutiles–, y nos dan la fuerza y la valentía necesarias para abrirnos camino y tener una vida plena.

POR UNA Y POR LAS DEMÁS

La filósofa especializada en género Diana Maffía explica que la definición de feminismo se compone de tres principios: uno descriptivo, uno prescriptivo y uno práctico. El primero refiere a una cuestión que puede probarse estadísticamente: “en todas las sociedades las mujeres están peor que los varones”.⁴⁶ Se trata simplemente de la descripción de un hecho que ocurre en el mundo. El segundo principio implica una afirmación valorativa: “no nos dice lo que es, sino lo que debe ser, lo que debe ocurrir, lo que está bien y lo que está mal”.⁴⁷ Ya no es una mera descripción, sino que supone una valoración. Al enfrentarse al hecho de que las mujeres están en una situación peor, se puede pensar que es justo o que es injusto. Sin embargo, esto no alcanza para que alguien sea feminista. Llega entonces el tercer principio, que se vincula con la praxis. Es un enunciado de compromiso, que implica que estamos dispuestos a hacer lo que esté a nuestro alcance para impedir que esto sea así. Entonces, el último paso es la acción luego de reconocer la situación y tomar partido. Esto no significa únicamente una militancia resistente en la calle, sino que aplica a un compromiso moral que tienda a evitar “que sistemáticamente ocurra una diferencia jerárquica entre varones y mujeres por el mero hecho de ser varones y mujeres”.⁴⁸ Este compromiso puede estar en las decisiones cotidianas que tomamos, en nuestras reacciones ante una injusticia, en el discurso que expresamos, en la forma de criar a un hijo o de dar clases, en las charlas con amigos, en los temas que elegimos tratar en una obra literaria y en cómo los contamos.

En el recorrido que hicimos junto con las autoras al internarnos en estas historias, vimos cómo se enfrentaban distintos discursos que representan, de un lado, las estructuras dogmáticas que nos imponen los modos de vivir; de otro, las fuerzas que intentan combatirlas, con todas las contradicciones que cada una de ellas implica. También desentrañamos las temáticas detrás de los argumentos y lo que tienen para decirnos y hacernos reflexionar. Seguramente hay mucho más, pero este es el recorte que elegí. El orden en el que hice este análisis puede interpretarse de dos formas. La primera es la más visible, la que está marcada con los títulos y subtítulos. Consta de tres partes con dos cuentos cada una. En primer lugar, abordamos

⁴⁶ MAFFÍA, D., “Contra las dicotomías: feminismo y epistemología crítica” [en línea], en *Seminario de epistemología feminista*, Instituto Interdisciplinario de Género, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2008 [consultado el 31 de mayo de 2019]. Disponible en: http://dianamaffia.com.ar/?page_id=11

⁴⁷ Loc. cit.

⁴⁸ Loc. cit.

temas relacionados con el “destino” para una mujer dentro de esta sociedad y que estructuran nuestra forma de vivir: la maternidad y el matrimonio. En segundo lugar, intentamos considerar qué sucede cuando una mujer (o una niña) se aventura en alguna actividad que transgrede su espacio posible de acción: los condicionamientos respecto del género en la niñez y el desarrollo pleno y libre de la sexualidad femenina y el deseo. En último lugar, la liberación de todas las culpas y el paso total a la acción: la oportunidad de desprenderse realmente de una relación violenta y la revolución colectiva, en conjunto y organizada, con el objetivo de luchar contra lo que nos oprime y nos mata.

La segunda es un poco menos optimista y se trata de una gradación de violencias, desde las más sutiles hasta las más terribles, que termina en el feminicidio. Es la misma estructura donde se apoya todo el sistema patriarcal: las pequeñas coacciones, casi imperceptibles, funcionan simultáneamente con las agresiones más perversas y crueles, y por eso funcionan y se mantienen. En este sentido, podemos dividir el análisis en dos. Por un lado, en los tres primeros cuentos describimos situaciones que forman parte de un sistema de valores que ubica a cada uno en un lugar dado e inamovible: los comportamientos que están en la parte más profunda del iceberg. Por otro lado, en los últimos tres cuentos nos metemos en situaciones que se inscriben directamente en el ámbito de la violencia de género; están tipificadas por la ley y constituyen delitos. Me gusta más quedarme con la idea de la primera, como un progreso inversamente proporcional a las agresiones que sufrimos, sin olvidar de qué se trata la segunda.

Hay cosas que me tocan de cerca, experiencias que transito en el día a día. Otras que me pasan más de lejos, pero que de todos modos se derivan de aquellas que vivo en carne propia. Sé que son parte del mismo sistema y que todas están relacionadas. Se puede decir que hay cosas que ya quedaron viejas. ¿Es necesario decir explícitamente que la vida de las mujeres no se agota en el matrimonio y los hijos, que eso no es lo más importante?, ¿o explicar que no debemos condicionar a las niñas regalándoles únicamente cocinas de juguete o muñecos bebé para que jueguen? ¿Cuántas pruebas hacen falta para probar un abuso sexual o la violencia doméstica, cuándo van a ser suficientes? ¿Cuándo el Estado va a estar a la altura de las circunstancias para proteger a las víctimas? Hoy en día hay muchas mujeres con carreras destacadas y posiciones de poder, que son respetadas y admiradas por muchas personas. Las mujeres sabemos lo que valemos cada una de nosotras, que podemos hacer lo que deseemos cuando tengamos ganas. Pero... ¿realmente lo sabemos? ¿Lo sabemos todas? ¿Pueden

ponerlo en práctica aquellas mujeres que se encuentran en situaciones socioeconómicas vulnerables? ¿Lo vivimos en la experiencia todos los días? ¿Lo respetamos cuando elegimos un camino para seguir?, ¿cuando dejamos pasar una oportunidad?, ¿cuando no podemos reaccionar ante una injusticia? Es un ejercicio. Hay que hablar y hay que decirlo, una y otra vez. Sin embargo, sabernos parte de una lucha más larga, que va encadenándose, nos anima a pensar que todos nuestros intentos van a rendir sus frutos más adelante, como lo hicieron los intentos de una cantidad de mujeres que se arriesgaron en otra época.

Hay una porción de la sociedad que ha avanzado ya hacia otro estadio. Las generaciones más jóvenes ya no se preocupan por estos mandatos y van más allá, se preguntan por otras cosas. Puede ser que ya les quede vieja toda esta discusión y ojalá así sea. Pero hay otros sectores muy retrógrados que exacerbaban sus posturas ante el avance del otro. La industria cultural sigue insistiendo en fórmulas antiguas, reproduciendo esquemas que estamos intentando dejar atrás. La televisión, el cine, la publicidad, el periodismo. Por eso son tan importantes los espacios que se abren donde la lógica es otra. Estos cuentos son parte de esto. En ellos hay libertad. Hay una salida valiente y airosa. No hay resignación, sino resignificación de las cadenas que nos oprimen para transformarlas en herramientas de empoderamiento. Y hay esperanza. La esperanza de que desde la oscuridad más grande se puede salir. Por una y por las demás. De estos argumentos se desprende la noción de una literatura particularmente conectada con la realidad social y que trae implícita una consideración acerca de ella y, principal e ineludiblemente, una elección de poner en escena y dar visibilidad. En los personajes, en los conflictos, podemos encontrar un refugio y algo a qué aferrarnos cuando todo es confuso y parece no haber salida. Podemos encontrarlos con la vida misma.

BIBLIOGRAFÍA

CORPUS ANALIZADO

- ENRÍQUEZ, M. (2016) “Las cosas que perdimos en el fuego” y “Tela de araña” en *Las cosas que perdimos en el fuego*. Barcelona: Anagrama.
- OCAMPO, S. (1970) “La muñeca” y “Las vestiduras peligrosas” en *Cuentos completos*. Buenos Aires: Emecé. 2017.
- SCHWEBLIN, S. (2009) “Conservas” y “Mujeres desesperadas” en *Pájaros en la boca y otros cuentos*. Buenos Aires: Random House. 2018.

LIBROS

- ADICHIE, C. N. (2016) *Todos deberíamos ser feministas*. Buenos Aires: Random House.
- (2017) *Querida Ijeawele. Cómo educar en el feminismo*. Buenos Aires: Random House.
- BAJTÍN, M. (1989) *Teoría y estética de la novela*, Madrid: Taurus.
- BEAUVOIR, S. DE (1949) *El segundo sexo*. Buenos Aires: Debolsillo. 2017.
- BORRELLI AZARA, G. (2018) *Lecturas feministas. Escritos desde el siglo v a. C. hasta el presente*, Buenos Aires: Ediciones Futurock.
- BUTLER, J. (1990) *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós. 2018.
- COSSE, I. (2010) *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- DESPENTES, V. (2006) *Teoría King Kong*. Barcelona: Random House, 2018.
- ENRÍQUEZ, M. (2017) “Prólogo” en ANGLILLETTA, F., M. D’ALESSANDRO y M. MARIASCH *¿El futuro es feminista?*, Buenos Aires: Capital intelectual.
- (2018) *La hermana menor. Un retrato de Silvina Ocampo*. Buenos Aires: Anagrama.
- FERNÁNDEZ, A. (1993) *La mujer de la Ilusión. Pacto y contrato entre hombres y mujeres*, Buenos Aires: Paidós.
- LEWIN, M. (2014) “Mártires y prostitutas”, en WORNAT y O, LEWIN, M. *Putas y guerrilleras*, Buenos Aires: Planeta.
- MARIASCH, M. (2017) “El pelotero de logos” en ANGLILLETTA, F., M. D’ALESSANDRO y M. MARIASCH *¿El futuro es feminista?*, Buenos Aires: Capital intelectual.
- PEKER, L. (2017) *La revolución de las mujeres. No era solo una píldora*, Villa María: Eduvim.
- (2018) *Putita golosa. Por un feminismo del goce*, Buenos Aires: Galerna.
- (2019) *La revolución de las hijas*, Buenos Aires: Paidós.

- PETIT, M. (2015) *Leer el mundo. Experiencias actuales de transmisión cultural*, Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- PIGLIA, R. (2000) *Formas breves*. Buenos Aires: Anagrama.
- SARTRE, J. (1950) *¿Qué es la literatura?* Buenos Aires: Losada.
- SEGATO, R. L. (2010) *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*, Buenos Aires: Prometeo Libros.
- SCOTT, J. (1993) “El género: una categoría útil para el análisis histórico” en CANGIANO, M. C. y DUBOIS, L. *De mujer a género: teoría, interpretación y práctica feminista en las ciencias sociales*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- VIÑAS PIQUER, D. (2002) *Historia de la crítica literaria*, Barcelona: Editorial Ariel.
- WOLLSTONECRAFT, M. (1792) *Vindicación de los derechos de la mujer*, Buenos Aires: Taurus. 2013.
- WOOLF, V. (1929) *Un cuarto propio*, Buenos Aires: El cuenco de Plata. 2013.

RECURSOS ELECTRÓNICOS

- ANDERSON IMBERT, E. (1979) *Teoría y técnica del cuento* [en línea] [consultado el 8 de agosto de 2018]
Disponible en:
<https://bit.ly/2KprqyC>
- ANTÓN, J. “Las mujeres, todas brujas. Entrevista a Mona Cholett” [en línea], en *El País*, 23 de marzo de 2019, Barcelona [consultado el 17 de mayo de 2019].
Disponible en:
https://elpais.com/cultura/2019/03/22/actualidad/1553209685_021966.html
- FAUR, E. y VÁZQUEZ LABA, V. “La maternidad será deseada o no será” [en línea], en *Revista Anfibia*, mayo de 2018, [consultado el 3 de enero de 2019]
Disponible en:
<https://bit.ly/2DIHozh>
- FERNÁNDEZ, A. M. “Femicidios: la ferocidad del patriarcado” [en línea], en *Nomadías*, N. ° 16, noviembre 2012, p. 47-73 [consultado el 12 de diciembre de 2018]
Disponible en:
<https://nomadias.uchile.cl/index.php/NO/article/view/24957>

- HUAMÁN, M. A. “Literatura y Sociedad: El revés de la trama” [en línea], en *Revista de Sociología*, Vol. II, N. ° 12, 1999 [consultado el 30 de junio de 2018]
Disponible en:
<https://bit.ly/2KfoKDD>
- LAGARDE Y DE LOS RÍOS, M. “Pacto entre mujeres. Sororidad” [en línea], en *CELEM*, p. 123-135, octubre de 2006 [consultado el 15 de enero de 2019]
Disponible en:
<https://e-mujeres.net/project/pacto-entre-mujeres-sororidad/>.
- LLANOS DE LOS REYES, M. “Literatura, sociedad y crítica” [en línea], en *Monteagudo*, N. ° 60, 1978, p. 35-37 [consultado el 29 de mayo de 2018].
Disponible en:
<https://bit.ly/2yImcJQ>
- MAFFÍA, D., “Contra las dicotomías: feminismo y epistemología crítica” [en línea], en *Seminario de epistemología feminista*, Instituto Interdisciplinario de Género, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2008 [consultado el 31 de mayo de 2019].
Disponible en:
http://dianamaffia.com.ar/?page_id=11
- PEKER, L. “Ser mujer no es ser madre” [en línea], en *Página 12*, 2 de enero de 2004 [consultado el 3 de enero de 2019].
Disponible en:
<http://cort.as/-HHCQ>
- PIÑEIRO, C. “La disidencia como estado de alerta” [en línea], en *Anfibia*, 26 de abril de 2018 [consultado el 28 de abril de 2018].
Disponible en:
<http://www.revistaanfibia.com/ensayo/la-disidencia-estado-alerta/>
- REQUENA AGUILAR, A. “Cómo identificar los micromachismos” [en línea], en *La aventura de aprender*, 2017 [consultado el 13 de abril de 2019].
Disponible en:
<http://xurl.es/jeh2t>
- SAPORITI, A. “Violencia de género invisible: identifiqué el maltrato psicológico” [en línea], en *Clarín, Entremujeres*, 21 de octubre de 2014 [consultado el 20 de abril de 2019].
Disponible en:
<http://xurl.es/5bjio>

“Carta orgánica”, [en línea] en *Ni Una Menos*, 3 de junio de 2017 [consultado el 3 de junio de 2019].

Disponible en:

<http://niunamenos.org.ar/quienes-somos/carta-organica/>

“¿De qué hablamos cuando hablamos de sororidad? Entrevista con Luciana Peker” [en línea] en *Clapps*, septiembre de 2018, [consultado el 13 de agosto de 2018].

Disponible en:

<https://bit.ly/2RkIVBi>

“Entrevista a Mariana Enríquez” [en línea] Eugenia Zicavo, en *Libroteca*, julio de 2016 [consultado el 20 de enero de 2018].

Disponible en:

<https://bit.ly/2J5IUzC>

“La normalidad es un invento: entrevista a Samanta Schweblin” [en línea] en *Revista Sudestada*, N. ° 91, agosto de 2010 [consultado el 13 de agosto de 2018].

Disponible en:

<http://www.revistasudestada.com.ar/articulo/705/la-normalidad-es-un-invento/>

“Ley de protección integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres en los ámbitos en que desarrollen sus relaciones interpersonales” Ley número 26 485 [en línea] en *Información legislativa*, 1 de abril de 2009 [consultado el 13 de agosto de 2018].

Disponible en:

<http://cort.as/-KL4p>

“Ley Micaela de capacitación obligatoria en género para todas las personas que integran los tres poderes de Estado” Ley número 27 499 [en línea], en *Boletín Oficial de la República Argentina*, 10 de enero de 2019 [consultado el 6 de agosto de 2018].

Disponible en:

<http://cort.as/->

“*Trans*, acortamiento válido de *transexual* y *transgénero*” [en línea], *Fundéu BBVA*, 2 de marzo de 2017 [consultado el 2 de diciembre de 2018]

Disponible en:

<https://www.fundeu.es/recomendacion/trans-transexual-transgenero/>